

**EL DILEMA DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA ESPAÑA
NACIONALISTA HACIA LA ALEMANIA NAZI: UNA ESTRATEGIA DE
COOPERACIÓN MILITAR Y DE DIPLOMACIA SECRETA (1936 - 1945)**

MARÍA ALEJANDRA CRUZ CAMACHO

**UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL
ROSARIO
FACULTAD DE RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C., 2015**

“El dilema de la Política Exterior de la España nacionalista hacia la Alemania nazi:
una estrategia de cooperación militar y de diplomacia secreta (1936 - 1945)”

Estudio de Caso
Presentado como requisito para optar al título de
Internacionalista
En la Facultad de Relaciones Internacionales
Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Presentado por:
María Alejandra Cruz Camacho

Dirigido por:
Francisco Galindo Hernández

Semestre II, 2015

*A mis padres, quienes siempre me han apoyado;
y a Dios por darme la sabiduría.*

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha sido el fruto del compromiso con esta hermosa carrera, para lo cual la Universidad del Rosario ha aportado significativamente no sólo con un cuerpo docente muy bien cualificado sino con las múltiples oportunidades de crecimiento profesional que me han brindado durante estos largos años. Gracias a todo el cuerpo académico y administrativo de la Universidad del Rosario, pero en particular a aquellos docentes que vieron en mí grandes aptitudes como Internacionalista y me apoyaron desde un principio en mis proyectos profesionales. Mis más sinceros agradecimientos a mi director de tesis Francisco Galindo por su apoyo desde hace algunos años que decidí desarrollar este gran tema que nos apasiona como académicos.

RESUMEN

El interés de este estudio de caso es explicar de qué manera la España de Francisco Franco logra articular en su Política Exterior dos importantes estrategias, la cooperación militar y la diplomacia secreta, hacia la Alemania de Adolf Hitler desde el estallido de la Guerra Civil española en 1936 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Se identifican las características de esta Política Exterior en la medida que se conocen los aspectos más importantes de la relación bilateral hispano-alemán, para así explicar cómo la articulación de estas posturas estratégicas le permitieron al Caudillo lograr sus objetivos políticos y, al mismo tiempo, salir indemne de esta Guerra. De esta forma, la perspectiva teórica del Realismo de las Relaciones Internacionales permite identificar las variables más importantes de la Política Exterior de España hacia Alemania a medida que Franco va definiendo su Interés Nacional.

Palabras clave: *Política Exterior, Interés Nacional, Guerra Civil española, Cooperación Militar, Diplomacia Secreta.*

ABSTRACT

The interest of this case of study is to explain in which way the Spain of Francisco Franco manages to articulate in its Foreign Policy two important strategies, military cooperation and secret diplomacy, toward the Germany of Adolf Hitler until the end of the Second World War in 1945. More features of this Foreign Policy are identified, as far as known the most important aspects of this Spanish-German bilateral relationship, in order to explain how the articulation of this two strategic positions allowed the Caudillo to achieve his political objectives and, at the same time, emerge unscathed from this War. Thus, the Realism theoretical perspective from International Relation identifies the most relevant variables of Foreign Policy of Spain toward Germany as far as Franco is defining its National Interest.

Key words: *Foreign Policy, National Interest, Spanish Civil War, Military Cooperation, Secret Diplomacy.*

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	8
1. ESPAÑA CRÍTICA	13
1.1. Crisis en la Monarquía española	13
1.2. La corta II República	15
1.3. La Guerra Civil y sus primeros días	18
1.4. El Franquismo y su política de poder	20
1.5. El enemigo interno de la República	26
1.6. El fin	28
2. EUROPA Y ESPAÑA	31
2.1. Comunidad Internacional ante la Guerra Civil española	32
2.2. Estados fascistas de la mano de los sublevados	33
2.3. El aislacionismo de la República	42
2.4. España y la Segunda Guerra Mundial	46
3. CONCLUSIONES	51

LISTA DE SIGLAS

GC	Guerra Civil
PE	Política Exterior
IN	Interés Nacional
IGM	Primera Guerra Mundial
IIGM	Segunda Guerra Mundial
SI	Sistema Internacional
HISMA	Sociedad Hispano-Marroquí de Transportes
BI	Brigadas Internacionales
SS	Servicio Secreto alemán

INTRODUCCIÓN

La Historia contemporánea de Europa se ha visto enriquecida por el hecho de abarcar los más importantes fenómenos sociales y políticos del mundo. Desde múltiples revoluciones hasta un sinnúmero de guerras de toda índole, Europa ha sido la cuna también de imprescindibles acontecimientos que motivaron al nacimiento de formas de pensar con el fin de marcar un cambio, gracias a las ideas de libertad, nación y sociedad que conocemos hoy día. España, al ver afectada su supervivencia con el estallido de la Guerra Civil (GC), debió utilizar todas las herramientas posibles para sobrevivir, sobretodo en medio de un escenario internacional hostil marcado por el surgimiento de líderes poderosos como Iosef Stalin y Adolf Hitler. Por ello, este estudio de caso pretende explicar de qué manera se articula la estrategia de cooperación militar y de diplomacia secreta en la política exterior (PE) de la España de Francisco Franco hacia la Alemania Nazi durante el periodo de 1936-1945. Este periodo no sólo me permitirá demostrar cómo Franco cumple sus objetivos tanto políticos como militares en la GC, sino también percatarnos de su consolidación en medio de las tensiones y las complicaciones que trajo la Segunda Guerra Mundial (IIGM).

En este sentido, este proyecto de investigación se plantea, dentro de sus propósitos particulares: identificar las características de la PE de España hacia Alemania después del golpe de Estado de Francisco Franco en 1936, a la luz del concepto de interés nacional (IN) de la teoría de Realista de las Relaciones Internacionales; y, conocer los aspectos más relevantes de la cooperación militar y de diplomacia secreta que mantuvieron España y Alemania durante la GC española (1936-1939) y después de esta, hasta el final de la IIGM. Así, este estudio de caso permite desarrollar los objetivos bajo un método cualitativo, el cual, basado en métodos de observación e investigación literaria y teórica, permitirá articular de manera coherente los variados fenómenos historiográficos del objeto de estudio y así permitir un análisis teórico-conceptual apoyado en acontecimientos empíricos. En tanto, para llevar a cabo su último objetivo político —la toma y consolidación en

el poder—, Francisco Franco enfocó su PE en llevar a cabo dos estrategias: la cooperación militar y la diplomacia secreta.

La diplomacia es la herramienta fundamental para llevar a cabo una impecable PE; sin embargo, la coyuntura anárquica y bélica que ya se manifestaba en el Sistema internacional (SI), permitió que la *diplomacia secreta* fuera la manera más común de llegar a acuerdos entre Estados. Según Morgenthau (1993, págs. 361-362), la tarea de la diplomacia es cuádruple: debe determinar sus objetivos a la luz del poder actual y potencialmente disponible para la consecución de sus objetivos; debe evaluar los objetivos de otras naciones; debe determinar en qué medida estos objetivos diferentes son compatibles entre sí; y debe emplear los medios adecuados para el cumplimiento de sus objetivos. Por otro lado, la *cooperación militar*, en su sentido más pragmático, es una

Situación creada a partir de la suscripción y aplicación de acuerdos mutuos entre Estados o FFAA (Fuerzas Armadas) de distintos Estados así como la puesta en marcha de una serie de medidas que, en primera instancia, tendría por finalidad eliminar o minimizar las posibilidades de conflicto entre ellos y proporcionar asistencia o colaboración en tareas específicas. (Giaccone 1994, pág. 150)

La *política exterior*, que en este caso se inclinó a llevar a cabo estas dos estrategias anteriormente mencionadas, no es más que una política estatal frente a actores extranjeros —en este caso a Estados, actor principal del Realismo— basado en los principios de su IN. De esta forma, la PE sirve para proteger los intereses geopolíticos predominantes del Estado y mantener el balance de poder a través de una diplomacia magistral. (Diez, et al, 2011, pág. 58). El *interés nacional*, por su parte, permite “identificar las metas u objetivos de la PE y, como un todo, abarca el concepto de discurso político empleado específicamente para justificar sus particulares preferencias políticas” (Evans y Newnham 1998, pág. 344). Se refiere, entonces, a los factores básicos que guían la política del Estado en relación con el exterior. Pero además, este concepto abarca aquellos principios que el jefe de Estado considera vitales para la supervivencia y seguridad de su Estado, y enfoca todas sus pretensiones en ello que, en un sistema anárquico, siempre será la búsqueda de poder. En esencia, el IN es lo que los tomadores de decisiones, en los más altos niveles del gobierno, dicen que es (Griffiths y O'Callaghan 2008, pág.

217), pues es aquél quien guía el curso de las políticas estatales a través del escenario internacional.

El sustento ideológico juega un rol fundamental en la estructura del IN. Así, la *ideología*, particularmente, ha de representar los sentimientos y deseos de una sociedad inconforme con la realidad y dispuesta llevar a cabo un cambio radical basado en ciertos criterios. En esencia, abarca temas como la función de la moral y la religión, la relación fuerza-convicción, la diferenciación ser-apariencia y su propia actitud teórica desenmascaradora. (Del Aguila 1982, pág. 25). Es importante resaltar que la ideología recoge argumentos basados en el temor o el amor por algo partiendo de una situación vivida donde se añora algo mejor, o por simple cuestión moral.

El *nacionalismo*, por su parte, inspiró al IN de la España franquista. Las formas más comunes de desahogar esas emociones colectivas se ven reflejadas en luchas de clases, revoluciones, o guerras civiles, siempre con un deseo de formar una nación que identifique todos los valores de sus ciudadanos que en cierta medida se denotan perdidos: “cuanto más grande sea el sentido de seguridad de una sociedad y sus diversos sectores, menores serán las ocasiones en que se presenten impulsos colectivos del nacionalismo” (Morgenthau 1993, pág. 120)¹. De esta forma, el nacionalismo vino a cargar de contenido sustancial las ideologías más importantes del momento. El *fascismo*, más allá de su particularidad italiana, aportó también una nueva noción de poder, permitiendo convertirse en la base ideológica para los regímenes de carácter totalitario de España, Italia y Alemania mitades del siglo XX. Éste fenómeno se dotaba de una alta actitud tradicionalista y antiliberal; así, la armonía que pretende realizarse desde la ideología fascista no se ve como la síntesis final de la lucha de clases, sino a través de la fuerza, la sumisión y la violencia. (Del Aguila 1982, pág. 179)

Para este ideal, es claro que “el *liberalismo* no puede cumplir su función de cohesión social, ni dar la imagen armónica de una libertad formal. El fascismo viene a llenar este hueco (...) y para esto, hay que volver a las luchas originarias: a

¹ Traducción libre del autor.

la fuerza” (Del Aguila 1982, pág. 182). A decir verdad, los nuevos líderes políticos encontraban en el liberalismo, y además en el comunismo, la destrucción del Estado mismo. Pero España tenía una singularidad en su *ideología fascista*, pues reclamaba el valor religioso, cultivado fervientemente por Antonio Primo de Rivera y la creación de la Falange bajo este línea de pensamiento “donde se comienza la construcción de un nuevo esquema ideológico de justificación de ciertos aspectos de la realidad en base a la creación de fantasmas a los que atacar” (Del Aguila 1982, pág. 189). Por su parte, el Nacional-Socialismo alemán, comúnmente llamado movimiento *nazi*, se enfoca en el expansionismo, pues el poder territorial permitiría demostrar las capacidades tanto militares como políticas del Estado, incrementando el prestigio tan necesario para sobrevivir en medio del anárquico SI. Hitler argumentaba que esta conquista del espacio vital sólo era posible cuando el pueblo estaba decidido a forjar una inquebrantable voluntad unitaria bajo la estructura de la dominación de la raza aria, entendida ésta como la única raza superior y, por ello, la destrucción del sistema liberal era imprescindible. (Nolte 1975, pág. 134)

La instauración de un régimen *totalitario* era el tipo de gobierno que se pretendía instaurar. El totalitarismo se define, teóricamente al menos, a partir de un jefe o líder. En él viene a producirse un fenómeno de la plenitud de la potestad constituyente y legislativa donde el Caudillaje —de índole dictatorial— viene a desempeñar la titularidad del poder constituyente de un presunto nuevo Estado, basado en una fórmula monárquica. (Badía 1984, pág. 66).

Es así que este estudio se ordena en dos capítulos muy sustanciales. En primera medida, se hace una contextualización historiográfica, en donde el análisis coyuntural nos acerca a las raíces del golpe de Estado y, así mismo, de la GC; ello, de la mano de la base teórica del Realismo que nos permite entender los principios del IN establecido y así definir, entonces, cuál sería la PE de España para los años que corresponden a la GC. En el segundo, por su parte, se permite dar una muestra empírica de cómo Franco combinó estratégicamente mecanismos de cooperación militar y diplomacia secreta en su PE hacia Alemania durante la GC, pero además

cómo llegó a transformarla en la IIGM con el fin de salir invicto de la guerra y cumplir sus objetivos políticos ya planteados en su noción de IN.

Por último, con este texto se espera que el lector pueda enriquecer la visión de Francisco Franco como un estratega político, más allá de un líder sin relevancia en el escenario internacional, el cual mezcló las virtudes del jefe de Estado — aspecto de suma importancia para el Realismo, pues la moral del hombre es lo que identifica sus políticas— y las pasiones militares con las vicisitudes del SI para consolidar la «nación» que pretendía restaurar.

1. ESPAÑA CRÍTICA

Para comprender la vida política y social de la España del siglo XX es importante reconocer la relevancia de un pasado lleno de conflictos políticos y sociales resueltos mediocrementemente por la Monarquía, puesto que ello permite comprender de qué forma el destino de España se tornó en uno violento e indefinido debido al nacimiento de múltiples corrientes con fuerte contenido ideológico. Este capítulo, en primera medida, pretende dar una breve demostración historiográfica de lo que sucedió en España después de muerte del rey Alfonso XII, para entender consigo las circunstancias que llevaron al Estado a sobrevivir en medio de múltiples conflictos sociales que, políticamente mal manejados, provocaron fallidos golpes de Estado y, al final, una cruel GC. Ello, con la intención de comprender las fuerzas internas y las motivaciones ideológicas que llevaron a los nacionalistas y al General Franco seguir un IN —entendido en términos de poder, con motivaciones y preferencias ideológicas— y perfilar una PE en medio de una guerra donde sólo la coordinación de fuerzas, ideas y un buen manejo de los intereses nacionales llevarían a la victoria.

1.1. Crisis en la Monarquía española

El Rey Alfonso XIII sube al poder tras cumplir el periodo de Regencia tras la muerte de su padre. Dicha etapa estuvo marcada “por la alternancia en el poder de dos partidos, conservador y liberal, en tanto duró la situación transitoria creada por la muerte del rey” (La Rosa 1982, pág. 51). La pérdida de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas a finales de siglo XIX había dejado sentimientos de fracaso y desilusión en medio de la sociedad española, así que para la llegada al trono del Rey Alfonso XIII, el Gobierno no era más que “tradicción antidemocrática y antiparlamentaria” (De Madariaga 1950, pág. 334). La actitud del nuevo rey no facilitó en lo absoluto al fortalecimiento de la vida política española, ni mucho menos a construir nación más allá de sus intereses personales, más bien estaba inclinado a mantener un sistema político oligárquico que lo mantuviera en el poder, enmarcada en una política de acción-reacción. Alfonso XIII “parecía solazarse con el frecuente cambio

de personas en quienes depositaba, más o menos completamente, su confianza” (De Madariaga 1950, pág. 335).

Para el estallido de la Primera Guerra Mundial (IGM), en donde la vida política en España estaba casi muerta, se hallaban en las calles las nuevas revueltas sociales lideradas por grupos de intelectuales, y la opinión del país se encontraba dividida entre la liberal, anticlerical y progresiva, vagamente llamada «izquierda»; y la reaccionaria y clerical, llamada «derecha». (De Madariaga 1950, págs. 557-558) Más que razones de índole económica, España se mantuvo neutral durante la IGM debido a los acontecimientos internos que tenían a la nación en choque. Esta decisión se fundamentó principalmente “en dos factores decisivos: el casi único interés por Marruecos y Gibraltar y la debilidad de la posición española en todos los terrenos” (Tussel 2007a, pág. 282).

Es fácil comprender, entonces, las vicisitudes de la España de los veintes. Con un gobierno que alternó 15 jefes de Estado durante el ínfimo periodo de seis años —de 1917 a 1923— era imposible que madurase algún programa político (La Rosa 1982, pág. 56). Así que las fuerzas del Estado español —que siempre fueron la Iglesia, el Rey y el Ejército— convergieron en tomar una decisión para salvar al Gobierno y la Monarquía, y qué mejor una dictadura liderada por un militar que representara los valores del conservadurismo. La misma coyuntura interna, en donde la conflictividad social se hacía más irreverente y se repudiaba la idea de la Monarquía, resolvió que el rey se inclinase a apoyar la idea de un Gobierno militar. El golpe de Estado de septiembre de 1923 por Miguel Primo de Rivera, capitán general de Barcelona, salvaría a la Monarquía por última vez.

Esta nueva dictadura fue la misma vieja política española pero esta vez enmascarada en una posición fascista, radical y represiva. Su uso ilimitado del poder se vio reflejado aún más en el debilitamiento del aparato gubernamental, pues “la manera arbitraria con que dispuso a su sabor de las libertades, conveniencias y aún prejuicios de cada cual, sin utilizar la autoridad y dignidad de la ley establecida, quebrantaron considerablemente el régimen dictatorial” (De Madariaga 1950, pág. 418). La política de censura de su dictadura afectó la amplia

libertad intelectual y las ligeras libertades parlamentarias, en donde “la corrupción, la ineficiencia y la influencia militar en la política se extendieron rápidamente” (Jackson 1985, pág. 28). Ante el debilitamiento popular de su dictadura, Primo de Rivera abandonó el poder en enero de 1930, finalizando su gobierno sin contar siquiera con el mínimo apoyo militar y terminando así por destruir la poca estabilidad que quedaba de la Monarquía. Esta se encontraba socialmente aislada y carente de apoyos políticos, sumándole además una fuerte crisis económica mundial que repercutió en la situación política española, que ya se encontraba quebrantada. Así que, al ver que la opinión pública española se encontraba dividida entre la Monarquía y una República, el rey decidió abandonar al país y dejarlos con la libertad para que pudiesen tomar una decisión adecuada —según el contexto y bajo los parámetros de la democracia—, para el futuro político de la nación ante el visible expansionismo de múltiples sentimientos cargados de nacionalismo.

1.2. La corta II República

La vida política de España había estado manchada por la corrupción y nepotismo; sin embargo, estas elecciones habían sido tan limpias, “tan libres de toda intervención militar, tan clara expresión de una opinión pública sin asomo de violencia, que la primera emoción que su triunfo causó en el pecho de los republicanos fue una ufana alegría” (De Madariaga 1950, pág. 453). Todos estos sentimientos vividos al final de la Monarquía habían despertado nuevas ideologías las cuales representaban sus más grandes deseos de nación, pero también fueron el resultado de las ambivalencias generadas en el escenario doméstico. Ello permitió entonces reforzar los sentimientos nacionalistas de índole liberal, pero también conservador, que, de una manera u otra, constriñeron las actividades político-sociales de España durante toda la República.

En pocas palabras, esta república socialista, gobernada por Manuel Azaña, “se proponía a emplear la cuota de poder inesperadamente conquistada para construir una España moderna, destruir la influencia reaccionaria de la Iglesia, erradicar el militarismo y emprender una reforma agraria con el fin de mejorar las

penosas condiciones de vida de los jornaleros” (Preston 2011, pág. 33). Sin embargo, las múltiples reformas tanto a la Iglesia como a los militares, y el rechazo de algunos sectores de la sociedad hacia las libertades proclamadas por la República, provocaron una división notoria entre quienes la apoyaban y los que no. Evidentemente, los resentimientos empezaron a florecer en diferentes sectores de la sociedad, horrorizados por tantos cambios. El gobierno pasó, en cierto momento, de la pasividad al rigor extremo, “lo que constituía un claro indicio de que el Gobierno no encontraba la fórmula adecuada para resolver los problemas de orden público” (López 1982a, pág. 80).

Paralelamente, líderes como el *Duce* Mussolini y el *Führer* Hitler llegaron al poder en sus países cargados de un fuerte contenido nacionalista-fascista y reivindicativo a raíz de las consecuencias de la pérdida de la IGM. El ascenso al poder de estos dos líderes políticos y militares desencadenó una tendencia a participar en movimientos que compartían sentimientos de “nacionalismo extremo, antiliberalismo totalitario, tendencia a la militarización y al uso de la violencia, nostalgia de algunos imperios y viejas grandezas, admiración por el fascismo italiano y por la cada vez mayor influencia de Hitler en la política alemana” (López 1982a, pág. 82). En España estas nuevas ideas fueron bien recibidas en medio de una sociedad desorganizada y dividida entre la izquierda y la derecha, entre el fascismo y el republicanismo, entre el Ejército y el Gobierno. La oposición era evidente y motivado por los ideales nacionalistas, el General José Sanjurjo, uno de los militares africanistas más destacados decidió llevar a cabo un —fallido— golpe militar el 10 de agosto de 1932.

Sin embargo, los perfiles ideológicos iban adquiriendo poder a medida que iba fracasando la República de izquierda. Las elecciones de 1933 mostraron la ruptura de un Gobierno ineficiente, afectado sobre todo por la violencia social, las múltiples huelgas, el anticlericalismo y el fortalecimiento de movimientos de derecha² por parte del aparato militar. Se abrió paso, entonces, a un Gobierno de

² Se fundaron movimientos fascistas dentro de la España republicana: la FASCIO y la JONS —las Juntas de Ofensiva Nacional-Socialista—. Así mismo, el hijo del dictador Primo de Rivera, Antonio Primo de Rivera, “fundó el 29 de octubre de 1933, o sea durante la campaña electoral que llevaría a

centro-derecha, una alianza entre la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y el radicalismo de Lerroux. Persistiendo los problemas, Lerroux inauguró su Gobierno “con una dura y eficaz represión a los alzamientos anarquistas” (López 1982a, pág. 84) característico de las relaciones de opresión entre Estado y sociedad anteriores a 1931.

Brevemente, este Gobierno de Lerroux fue corrupto, fuerte y represivo, y así lo demostró con las acciones tomadas contra los obreros y revolucionarios que se armaron contra el Gobierno en aquel octubre de 1934³, tras desencadenarse una huelga que se extendió en buena parte del país. La “revolución de octubre de 1934 estuvo dirigida a impedir que la CEDA participara en el Gobierno, una participación que parecía, tanto a los liberales de clase media como a la izquierda revolucionaria, como un equivalente a la implantación del fascismo en España” (Jackson 1985, pág. 144). Podría decirse entonces que esta huelga –también conocida como la Revolución de Asturias–, que quizás sin lograr muchos éxitos en las transformaciones políticas que se aspiraban en ese entonces vislumbraba ya los rasgos que vendrían a formar la GC española: jóvenes con emociones políticas muy marcadas, formas de fanatismo y crueldad acompañada de sistemática represión sangrienta por parte de las ‘fuerzas del orden’, además de apasionada venganza y represión de las derechas, fortalecidas por un discurso político e ideológico. (Jackson 1985, pág. 159)

Ya para 1936, la fragmentación política era severa, pues la misma “oleada de miedo y odio forjada en la rebelión de octubre, asoman a la escena algunos de los principales factores que contribuirían a frustrar la experiencia democrática de la República” (Gil 2005, pág 16). Se presentaban para las elecciones de ese año dos frentes políticos e ideológicos fuertemente disimiles para disputarse un puesto en

Lerroux al poder, el movimiento denominado Falange Española” (López 1982a, pág. 82) definiéndose a sí mismo como antiliberal, antimarxista, nacionalista y totalitaria. Y para 1934 los falangistas y jonistas se unieron en un solo movimiento denominándose como la Falange Española de la JONS.

³ Miles de obreros fueron despedidos por participar en el levantamiento revolucionario, se dictaron veinte penas de muerte (sólo se ejecutaron dos) y se detuvo a miles de personas hasta 1935 que se levantó el estado de guerra. El Gobierno ordenó sustituir por gestoras de su confianza los equipos de más de 200 ayuntamientos controlados por republicanos y socialistas. (Beevor 2005, pág. 49)

el Gobierno; sin embargo, existía un ambiente de tensión por parte de la derecha, pues no estaban dispuestos a aceptar una derrota, y las ideas de paranoia se asemejaban mucho a las que sintieron la extrema derecha al recibir la II República. El resultado de estas elecciones mostró la indudable victoria de las izquierdas en España y, a su vez, fue el detonante para que estas corrientes de derecha emprendieran una iniciativa golpista de la mano de los militares. El nuevo Gobierno de Manuel Azaña se encontraba en medio del caos social, de conflictos sociales y separatistas, de choques entre el cuerpo militar, entre Gobierno y parlamentarios, en donde, a fin de cuentas, “se esperaba que la pérdida de autoridad del gobierno, el desorden en la calle, las quemaduras de las iglesias, los asesinatos, (impulsaran) a los militares a intervenir contra el Gobierno de la República” (Juliá 2011, pág. 515).

1.3. La Guerra Civil y sus primeros días

Desde febrero hasta junio de 1936 la sociedad española vivió un ambiente de suspenso y terror en cuanto a sería el destino de su país, dividido y apasionado. En peligro se veía la tradicional España católica y monárquica, además del Ejército y ciertos sectores de la sociedad que estaban resentidos por las reformas que la República había ejecutado buscando asegurarse un control de los mandos. Los pequeños triunfos de la izquierda se habían visto truncados y mutilados, no sólo por un sector de la sociedad que anhelaba una reivindicación del tradicionalismo español y luchaba contra el terror del comunismo, sino que se enfrentaba a una división y separatismo interno, distintivo de las pasiones políticas del español, que ni la República pudo resolver.

Comprendiendo que el nacionalismo está cargado de un componente emocional pero también irracional, es evidente entonces que desde un principio se apreciara, dentro de los sentimientos de la sociedad española, la necesidad de una guerra interna que eliminara de una vez por todas las tendencias separatistas, las agitaciones sociales, las ideas laicas y todas esas nuevas propuestas de revolución social e ideológica que se venía manifestando desde el mandato del rey don Alfonso

XIII. La necesidad de una reivindicación de la España conservadora y la supervivencia de su nación era el motor que impulsaba la locomotora de la sublevación militar. Así que del 17 al 19 de julio de 1936 empezó la rebelión militar en Melilla y luego en Marruecos, colonia española donde el Ejército tenía amplia jurisdicción y gozaba el General Francisco Franco⁴ de gran popularidad entre las tropas por su valor personal, poniéndose así a la cabeza de los sublevados.

Los militares rebeldes de Marruecos, que la historiografía denomina Africanistas, se identificaban como los guardianes de las esencias de la patria y los encargados de protegerla. Sin embargo, el aparato militar no era el único que se veía como el guardián de dichas esencias nacionales, también amplios sectores de la sociedad, como la Iglesia Católica⁵, la burguesía y los grandes terratenientes, estimaron que la intervención del Ejército era la única salida posible; además, estaban dispuestos a tomar las armas si era necesario. Morgenthau (1993, pág. 100) aclara que el actor político no puede evitar ocultarse detrás de la máscara de una ideología política para llevar a cabo sus acciones en el campo de juego, así que aquí las identidades jugaron un papel muy importante en la formación de una política de acción para los nacionalistas.

La insurrección no pudo conquistar Madrid de inmediato, pues los militares rebeldes sólo lograron apoderarse “de buena parte del territorio en el Sur, en el Oeste y en el Norte. Seguía la República dominando en el Este y en la costa Cantábrica de Irún a Asturias” (De Madariaga 1950, pág. 600). Los líderes de la

⁴ El General Franco siempre se destacó por ser un militar innato y enérgico, sobresaliendo por su actitud fría bajo el fuego del enemigo, incluso desde las épocas que militaba en el Marruecos español. Esa formación militar dentro del protectorado de Marruecos, en donde se destacó por ser un militar activo y dirigente, le permitió ganar un voto de confianza dentro del cuerpo militar que lo apoyó sin titubeos a la hora de decidir quién iría a tomar el liderazgo rebelde de la GC española. Caracterizándose siempre por ser cauteloso, meticoloso, precavido, e incluso muchas veces reprochado por exceso de lentitud y prudencia, “no quiso comprometerse hasta el final, no aterrizando en el Marruecos español hasta asegurarse de que la sublevación había triunfado allí” (Jackson 1985, pág. 265).

⁵ Se interpretó la guerra como “una cruzada a la que debía seguir una «paz redentora»” (Gómez y Marco 2011, pág. 43). Además de ello, hay que tener en cuenta que los sectores católicos más conservadores veían en la República una amenaza a su identidad: “el laicismo, la libertad de culto o las políticas procuraban una separación real entre la Iglesia y el Estado eran interpretados como un ataque contra la comunidad católica, como una persecución religiosa en toda regla ante la que debían organizarse y defenderse” (Gómez y Marco 2011, pág. 317).

subelevación, los generales Franco y Mola, sabían que si la rebelión no triunfaba en un principio el territorio faltante —que eran las zonas limitadas de España— sólo podría ser obtenido por medio de una guerra de conquista. Ante tal situación “Azaña procuró un intento de conciliación, pero era evidente que los rebeldes de la derecha se negarían a colaborar” (De Madariaga 1950, pág. 599), pero “la izquierda, por su parte, estimó que había llegado la hora de aventar para siempre al fantasma del fascismo y de impulsar una verdadera revolución social” (López 1982b, pág. 167). Por tanto, el presidente del Consejo y líder de los izquierdistas, Francisco Largo Caballero, decidió formar de manera improvisada un ejército revolucionario conformado en su mayoría por trabajadores⁶. Estos primeros acontecimientos demostraron que dicho fracaso no llevaría más que a un conflicto en donde dos bandos, uno fuertemente armado y respaldado por apoyo internacional y otro disperso y lento en su organización, llevarían a cabo una lucha cruel y violenta, impulsada por una oleada ideológica muy fuerte, característica de la época.

1.4. El Franquismo y su política de poder

Francisco Franco, en medio de su formación netamente militar y quien desconocía el terreno de lo político en la práctica, supo coordinar adecuadamente las ideas del peligro comunista, el repudio al liberalismo y las ansias ya antes manifestadas de una restauración con la gesta militar del orden y del totalitarismo. En su primera declaración acerca de la sublevación, el General Franco acudió a la radio de Tenerife en donde

Declaró que la anarquía y las huelgas revolucionarias estaban destruyendo la nación; que la constitución estaba prácticamente suspendida; que ni la libertad ni la igualdad sobrevivían a tales circunstancias; que el regionalismo estaba destruyendo la unión nacional, y que los enemigos del orden público habían calumniado sistemáticamente las fuerzas armadas. El ejército no podía seguir contemplando impasible estos vergonzosos acontecimientos, y que se sublevaba para llevar la justicia, la igualdad y la paz a todos los españoles. (...) Garantizaría a España, por primera vez, y en este orden, la trilogía de la fraternidad, libertad e igualdad. (Jackson 1985, págs. 214-215)

⁶ La decisión de armar al pueblo es definido como extravagante y romántico, y que en la realidad española de aquel día vino a resolverse en armar a cierto número de organizados obreros en furibunda rivalidad, a una cantidad ignota pero considerable de criminales, de envidiosos, de desaprensivos y malandrines, y de caos.

Es preciso entender que “tanto los que gobiernan como los que quieren colaborar desde la sociedad tendrán que tener en cuenta la voluntad constituyente de la persona que dirige el país y tendrán que acatar las directrices de este poder excepcional: le deberán lealtad personal” (Badía 1984, pág. 68). De esta forma se explica pertinentemente la voluntad de las masas en perseguir y legitimar las intenciones de Franco, quien vislumbraba todos los deseos y pasiones reivindicadoras de los rebeldes.

Ya desde octubre de 1936 el General Franco había asumido el título de “Generalísimo y Jefe de Estado español” gracias a la confianza ganada dentro del cuerpo militar que lo escogió a él para dirigir y representar al Movimiento Nacionalista internacionalmente. Así que desde muy temprano los rebeldes sintieron la necesidad de una unificación, no sólo de las masas, sino más estructural en donde “el Caudillo anunció la fusión de todas las fuerzas políticas nacionales en un partido único. El partido se llamaría Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, (y) se adoptó oficialmente el saludo fascista como saludo nacional y se acuñó como eslogan «Por el Imperio hacia Dios»” (Beevor 2005, pág. 392). Por su parte, la constitución de una Junta de Defensa en Burgos a finales de julio de 1937, la cual funcionaría como un instrumento de administración y de intendencia de la retaguardia, marcó el inicio de aquello que sería la base institucional y jurídica del bando nacional y del poder personal de Franco. (Beevor 2005, pág. 393)

En su política había una mezcla de “patriotismo, (de) retorno a la historia de la gran época española, ligeramente, (...) influida por la devoción religiosa, todo ello muy español, con las nuevas ideas contra el liberalismo y el comunismo” (De Madariaga 1950, pág. 653). Precisamente, el Generalísimo iba plasmando su idea de IN en dos aspectos que, para el Realismo, son la base y el punto de partida: las motivaciones y preferencias ideológicas. De esta manera, la motivación principal, que, en esencia era la idea del Nuevo Estado, “resultaba ser una síntesis de elementos ideológicos conservadores y ultraconservadores y de una constante apelación a la tradición” (Eiroa 2012, pág. 123). A este respecto, el “tradicionalismo

le proporcionaría la solera y el fundamento doctrinal de su posición política y la Falange el tono radical capaz de atraer a las masas obreras de inicial signo izquierdista. Estaba ya claro que quería todo el poder para siempre” (Tussel 2007b, pág. 411).

En este contexto, “los rebeldes tenían claro que tenían que tener en su poder las instituciones que le garantizaran el monopolio de la violencia” (Gómez y Marco 2011, pág. 40) y, por tanto, del poder político-militar; es por ello que en los lugares donde consiguieron la insurrección se pretendía fortalecer el Estado por medio de las herramientas que el Ejército tenía a su disposición y que estaban adoctrinados a mostrar: la fuerza y un control férreo. Las instituciones pasaron a ser dirigidas por hombres de confianza del Generalísimo, a medida que iba conquistando terrenos, con el objetivo de llevar a cabo la «limpieza política» que pretendía realizar nuevo Gobierno rebelde. Asimismo, la violencia se justificaba en contra del «enemigo» y se fortalecía gracias al sustento ideológico y el discurso del «otro», el cual iba acompañado de una fuerte campaña propagandística.

La hostilidad de la derecha española se manifestaba hacia la República y a la izquierda en general, desde una serie de revistas y periódicos, en donde “varios influyentes se servían de una retórica que instaba a la erradicación de la izquierda como deber patriótico (e) insinuaban la inferioridad racial de sus enemigos de izquierda y liberales (así como) de la conspiración judeo-masónica y bolchevique” (Preston 2011, pág. 71). Se difundieron y exageraron las acciones del denominado terror rojo o marxista y “se esforzaron con ahínco en construir la noción de que en España, dos grupos políticos y sociales, incluso morales, estaban abocados a librar un combate a muerte” (Preston 2011, págs. 31-32). La mayoría, por no decir que todo el aparato militar, se pasó al bando de los rebeldes, contando desde voluntarios de la nueva escuela de Falange como de la ya existente de los Requetés⁷. Al ocupar las ciudades se mostraban así mismos como el “Ejército

⁷ “Las Milicias que formaron aquellas Heroicas unidades con muchachos voluntarios que procedían de los más dispares estamentos sociales: nobles, obreros, industriales, estudiantes, funcionarios, seminaristas, empleados. Varios eran del mismo pueblo; algunos, incluso, eran del mismo hogar: padres e hijos, dos y hasta tres hermanos, se caracterizaban por su fuerte vocación Católica y un

liberador que al fin rompía el yugo de la población sometida a la «barbarie marxista»” (Gómez y Marco 2011, pág. 112) y que eran los que disponían del poder y el orden.

Morgenthau (1993, pág. 3) describe que el fracaso del orden social, en cuanto a los estándares racionales que caracterizan a la teoría realista, se deben a la falta de conocimiento y entendimiento de situaciones que debilitan al Estado, así como la existencia de instituciones obsoletas y la depravación de ciertos individuos o grupos aislados de la sociedad. Por ende, confía en la posición de un tomador de decisiones racional —con todos los atributos malévolos e intuitivos de la naturaleza humana— que sea capaz de enfocarse en la educación, la reforma y el uso esporádico de la fuerza para remediar estos defectos. Francisco Franco sabía que debía unir todas las fuerzas que constreñían el poder y el Estado para llevar a cabo sus fines, desde lo mínimo como el elemento discursivo y propagandístico, hasta el empoderamiento del aparato militar.

De igual forma, “el realismo político es consciente de la importancia moral de la acción política” (Morgenthau 1993, pág. 12) y, por lo tanto, la creación de este «enemigo» —como «enemigo moral» que afectaba la pureza de la sociedad española de antaño— fue sumamente importante para el inicio de la construcción de su política a seguir durante toda la guerra, la cual iría acompañado por el totalitarismo y el orden. Este «enemigo» amenazaba la política española perennemente y debía ser eliminado y todas las instrucciones dadas por el Caudillo en el terreno de juego estaban inclinadas a eliminarlo paulatinamente de la patria y de la nación española, y por ello recurrir a todo tipo de ayuda era necesaria y, más aún, justificada ideológicamente. La fuerte campaña de que debían ser exterminadas las fuerzas izquierdistas y liberales, las cuales no eran españolas ni humanas y suponían, además, una amenaza para la existencia de la nación, llegó a todos los territorios conquistados. (Preston 2011, pág. 37)

amor extremo al Sagrado Corazón de Jesús” y quienes además pretendían garantizar el orden y la seguridad.

Estaba claro que el pueblo rebelde se encontraba dispuesto a defenderse con las armas y lo harían siguiendo un patrón de ideas bien enfocadas y plasmadas por el Generalísimo. La violencia política y física se volvió el instrumento principal en esta guerra, se criminalizó a la oposición, se victimizó a los rebeldes, se implementó el terror en los territorios conquistados y se dio paso a la matanza desmedida de sus compatriotas españoles de la oposición. Los militares marcaron las pautas de la violencia la cual estuvo legitimada por sectores de la sociedad que colaboraban con sus acciones, ratificando a su paso el discurso nacionalista de los sublevados. Se alimentaron, además, ideas de conspiración extranjera, provenientes de las iniciativas de la República de secularizar la sociedad, que pretendían exterminar con la nación española de los tiempos monárquicos por parte de judíos, masones y comunistas. (Preston 2011, pág. 46) Así que la lucha antisemita, que se había intensificado con el discurso de líderes extranjeros, se fortalecía con las declaraciones del fascismo español y con la participación sin titubeos de la Iglesia en cuanto a la incitación y, por ende, legitimación de la violencia.

Historiadores como Tussel (2007b) y Preston (2011) coinciden en que la Historia de España se ha visto perjudicada por la idea de conspiraciones judeomasónicas y del comunismo en contra de los intereses nacionales, y que vinieron a incrementarse con el estallido de la Revolución Bolchevique y la llegada a la Segunda República a España. Es así que el sustento ideológico se entrelazó perfectamente con las explicaciones teológicas⁸, las cuales jugaron un rol importante en la segregación y rechazo a la República y sus seguidores. La creencia de una conspiración judeomasónica, que pretendía acabar con la cristiandad como elemento unificador de sociedades en Europa, justificó la violencia y la creencia de que una guerra santa en España por parte de los rebeldes nacionalistas que lucharían contra la tiranía, la anarquía y el ateísmo era necesaria. Para entonces, el nazismo alemán y el fascismo italiano ya se encontraban unidos con la única

⁸ Los Protocolos servían “como prueba documentada de aquella premisa que afirmaba que los judíos pretendían la destrucción de la civilización cristiana, sirviéndose de masones y socialistas, que hacían el trabajo sucio a través de la revolución, las catástrofes económicas, la propaganda impía y pornográfica, y un liberalismo sin límites” (Preston 2011, pág. 73).

esperanza de impedir la destrucción de la civilización cristiana y el auge del Imperio de Israel y derrotar a «los sectarios de la judería masónica. (Preston 2011, pág. 91).

Para Franco pudo haber sido muy fácil conquistar Madrid, derrotando rápidamente al Ejército enemigo, pero entonces habrían dejado al país infectado de adversarios. Así que en este contexto de competencia y rivalidad política, esta sistemática limpieza social para eliminar a un enemigo mitificado y construido por un ideal de ultra derecha y apoyado en el nacionalismo tradicional español, marcó el rumbo de la larga GC española en los dos bandos. Es por ello que es preciso entender en qué dimensiones funcionó esa «limpieza política» de la que hablan los autores Gómez y Marco. Sostienen que esta «limpieza política»,

Diseñada por Francisco Franco y sus acólitos, no consistía en una simple aniquilación física de los enemigos. La guerra le permitía eliminar a los elementos más destacados y peligrosos (...). Era necesario crear instrumentos sofisticados que permitieran ordenar, clasificar y gestionar el proceso de limpieza política que contemplaba entre una de sus más importantes misiones (...). La guerra entonces debía alargarse hasta que todos los instrumentos que las infraestructuras necesarias hubieran sentado sus bases para llevar a cabo el proyecto depurador. (Gómez y Marco 2011, págs. 60-61)

De esta manera, se iba vislumbrando la política de Franco, una que perfilaría las bases del IN del que sería su «Nuevo Estado» y su idea de España, y en donde el instrumento de poder sería el empoderamiento, unificación, legitimación y reconocimiento del aparato militar como un actor vital de la GC. Es por ello que su régimen era un tanto distintivo de los demás fascistas en Europa, pues no estaba inspirado en un partido o estamento social o profesional, sino personal, “de ahí que se denomine franquista, pues aun siendo militar quien la personificaba no fue una dictadura del Ejército” (Tussel 2007c, pág. 47).

Francisco Franco le aseguraba a la comunidad internacional que su interés no era la ocupación territorial, sino la reconquista de los habitantes o su rendición total; y así procuró que fuera hasta haber “eliminado y reducido en gran número los enemigos y asentado su figura como líder indiscutible tanto en el ámbito nacional como internacional” (Gómez y Marco 2011, pág. 60). Así que, a medida que se ocupaba un pueblo, los carlistas y falangistas —quienes eran los que encabezaban

las milicias de los rebeldes— dirigían ataques militares a la población, que partían desde saqueos, allanamientos, ejecuciones, multas, confiscaciones y hasta los famosos «paseos»⁹ a los enemigos políticos del golpe.

De esta manera Francisco Franco fue formando su doctrina y su gobierno, nombrando en cargos relevantes a gentes de su más íntima confianza para lo cual no necesitaba concilio, pues Franco gozaba de plena autoridad institucional. Asimismo, su PE iría adecuándose conforme a los más intensos intereses que postularía como de suma relevancia para llevar a cabo sus objetivos políticos, y es por ello que el acercamiento hacia Italia y Alemania no fue una mera coincidencia.

1.5. El enemigo interno de la República

Los republicanos, desde el Frente Popular así como la Juventud Socialista Unificada, se apresuraban a conformar milicias y a refugiarse en las montañas aledañas a las principales ciudades, tales como Madrid y Barcelona. Sin embargo, los revolucionarios se encontraban con que tenían fuertes problemas internos que no permitían la integración bajo los valores de la izquierda y mucho menos de los liberales. Grupos como anarquistas y separatistas chocaban fuertemente con ciertas acciones del Gobierno republicano y se manifestaban en las calles o en ataques violentos entre ellos. Descubrieron también una fuerte oposición de partidos políticos internos, dónde los líderes servían como objetivos de ataques, así como la iniciativa de sindicalistas revolucionarios en contra de la República. Barcelona, por su parte, se vio marcada por múltiples movimientos de izquierda de toda índole, en donde la población, armada como milicia, sostuvo ataques en contra de la Generalitat¹⁰.

⁹ “Los paseos nocturnos a cargo de las «patrullas de vigilancia», capitaneadas por falangistas y carlistas, contribuían a las actividades de la policía (los más formales) en esta purga de «indeseables», ocupándose de las ejecuciones extrajudiciales” (Preston 2011, pág. 587).

¹⁰ Mientras en España se levantaba un conflicto entre dos bandos bien disímiles, en Barcelona se alzaban entre sí el bando revolucionario, levantando barricadas y algunos yendo en contra de la Guardia Civil; era la lucha entre anarquistas y comunistas, entre los socialistas de la República y la izquierda liberal incapaces de llevar a cabo una lucha centralizada y unificada en defensa del Frente Popular y de la zona que aún le pertenecía a la República.

Es así que, “mientras los rebeldes avanzaban bajo los auspicios de la dictadura, se entregaban los revolucionarios a una orgía de separatismo. Cada formación política constituía una formación militar. No había bandera común, pues nadie se acordaba de la República” (De Madariaga 1950, pág. 621), sino mayormente, de las ambiciones independentistas. Para los republicanos la idea de unidad y lucha no iban de la mano. Cada unidad que pertenecía a los revolucionarios luchaba y abandonaba el frente como le parecía y cuando lo creía oportuno; cada uno tenía una bandera, desde los anarquistas, pasando por sindicalistas, socialistas y hasta liberales, mientras que por el lado rebelde, que era ante todo una dictadura militar, iba mostrando el “síntoma de la evolución que iba a transformar gradualmente un movimiento militar de pura estirpe española en un movimiento fascista de inspiración extranjera” (De Madariaga 1950, pág. 604).

Se entendía entonces que existían elementos subversivos dentro del Gobierno que evitaba la creación de un Estado fuerte, donde “una parte sustancial de la izquierda anarquista estaba más preocupada por sus objetivos revolucionarios, mientras que solo una minoría significativa se dedicaba a actividades delictivas” (Preston 2011, pág. 511). Algunos se encargaban de atacar al cuerpo religioso y a la Guardia Civil por sus implicaciones en la sublevación del 17-18 de julio, otros dirigían sus energías a atacar a los partidos del Frente Popular y sus dirigentes. La República tenía entonces que sumar a las filas de sus enemigos a los de la izquierda y a los anarquistas, movimientos que se suponía contribuirían a unificar a la República en un solo fuerte. Así y todo, la guerra siguió marcando su curso y los nacionalistas conquistando cada vez más territorios mientras que los revolucionarios se dedicaban a llevar a cabo pequeñas revoluciones internas.

Cuando ascendió Juan Negrín al poder republicano como reemplazo a Largo Caballero, en la primavera de 1937, los ánimos volvieron a florecer con la voz y las energías de un nuevo líder que estaba dispuesto a continuar la guerra. Ello permitió que se dieran los mecanismos adecuados para negociar en el escenario internacional con la URSS. Estaba claro entonces que los dos bandos pretendían continuar con la guerra, uno impulsado con el discurso nacionalista reivindicador

de las tradiciones de España, y otro bajo los ideales de la revolución bolchevique y las ideas de libertad y la Nueva España.

1.6. El fin

Pero, “a mediados de 1937, la política interna y la situación económica, combinadas con la coyuntura diplomática internacional, evolucionaron de modo muy favorable para el general Franco” (Jackson 1985, pág. 371). Así prosiguió la guerra, en donde varias batallas¹¹ marcaban el triunfo de los sublevados avanzando la guerra a favor de la llamada «reconquista nacionalista». Tanto el Ejército, como la población, estaban agotados de una guerra cruel durante que tres años sólo había traído hambrunas y una violencia nunca antes vivida. Dado este escenario, “en la mañana del 26 de enero (de 1939), las tropas (Carlistas) alcanzaron el Tibidabo y unidas a las marroquíes entraban a Barcelona aquella misma tarde sin encontrar alguna resistencia. La pérdida de Barcelona fue el golpe final que hizo desplomarse el Ejército republicano y a todos los aparatos del Estado” (De Riquer 1982b, pág. 281). Aquí entonces, Negrín inició el despliegue de retirada del Ejército republicano del territorio catalán hacia la frontera francesa y empezó a planear una paz diplomática y negociada de la guerra. Sin embargo, en el momento en que los rebeldes lograron conquistar Cataluña —un pueblo enfermo moral y políticamente, catalogado así por el periódico nazi de España—, significó luz verde para que el resto de la España que faltaba por tomar quedara bajo el mando franquista.

Negrín se mantenía en la posición de resistencia hasta que iniciase una guerra mundial y se destacara la importancia de su posición aliada, o se pudiera llegar a un acuerdo fructífero con el bando franquista. Este esperaba que

¹¹ La batalla de Teruel, “librada en el duro invierno de 1937-38, no sólo fue uno de los más cruentos combates de la GC, sino que significó la antesala del definitivo derrumbamiento del Ejército republicano, ya que permitió a los rebeldes avanzar hacia el Mediterráneo y cortar en dos la zona republicana, aislando Cataluña” (Gutiérrez 1982, pág. 253) La batalla del Ebro, por su parte, “fue el último intento del Ejército republicano para recuperar la iniciativa y cambiar el rumbo de la guerra que en aquél entonces era claramente favorable al Ejército franquista” (De Riquer 1982b, pág. 265). Su propósito era volver a unir las dos zonas que habían quedado separadas y tratar de detener el inexorable avance de las tropas franquistas. Es pertinente mencionar que esta fue la última batalla en la que intervino la ayuda internacional y fue esta victoria lo que determinó la retirada de Italia y las Brigadas Internacionales (BI). Aspecto que será detallado en el capítulo 2.

“resistiendo un poco más, (pudieran) obtener un compromiso de misericordia y clemencia de Franco y ganar tiempo para la huida de las personas cuya cabeza había puesto precio” (Preston 2011, pág. 564). Pero, por su parte, el Consejo Nacional de Defensa de la República inició al instante negociaciones de paz con el bando rebelde, estipulando ciertas condiciones: “no intervención de potencias extranjeras, garantía de independencia e integridad nacionales, de expatriación para quienes quisieran y de no represalias” (De Madariaga 1950, pág. 687). Franco tenía claro que no aceptaría algo más allá que una rendición incondicional. Al respecto, el Generalísimo ya había promulgado en febrero de 1939 una Ley de Responsabilidades Políticas que,

En su primer artículo decía: «se declara responsabilidad política de las personas, tanto jurídicas como físicas, que desde el 1 de octubre de 1934 y antes del 18 de julio de 1936 contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden que se hizo víctima España, y de aquellas otras a partir de dichas fechas se hayan opuesto al Movimiento Nacional con actos concretos o pasividad grave». Esta ley (...) «proporcionaba a las autoridades nacionalistas amplios poderes de venganza» (De Riquer 1982b, págs. 283-284)

Esta Ley declaraba como culpables del delito de rebelión militar a quienes hubieran apoyado a la República; en otras palabras —las de Franco—, responsabilidad a todos aquellos que no habían apoyado desde un principio el golpe militar de 1936. De esta manera, el Gobierno de Burgos, reconocido así internacionalmente el Gobierno rebelde, se apoyaba en un instrumento jurídico que les permitiría desenvolver el final de la guerra a su manera, contemplándola de esta forma como una victoria total. Para la oposición, al menos para Negrín, era importante quedarse a luchar por las vidas republicanas que estarían en peligro y que se temía que llegarían a pasar a campos de concentración o asesinados.

En conclusión, España se había caracterizado políticamente, desde los tiempos monárquicos por ser un Estado de alternancia gubernamental muy disperso y enfocado siempre a mantener el control político de las fuerzas que, podría decirse, serían las más dominantes. Además, la incapacidad para coordinar, armonizar, e incluso controlar, las tendencias dispersivas del español siempre enérgico y a veces violento, llevaron al fracaso de la República y del florecimiento de pasiones negativas que desencadenaron la guerra.

Los autores Gómez y Marco (2011, pág. 322) argumentan que durante la política rebelde de «parálisis al enemigo», la cual se prolongó durante toda la guerra, las razones fueron variando con el pasar de los años y de esta forma fueron moldeando su IN y, por ende, su PE. La primera, se enfocaría en la estabilización y el control de la retaguardia (1937-1939); luego, el asentamiento de la victoria y el nuevo Estado (1939-1942); y, finalmente, el freno de las disidencias internas, la reorganización política del enemigo o el fenómeno guerrillero en un contexto hostil como el de la IIGM (1943-1948).

Para llevar a cabo, en primera medida, la estabilización y control de la retaguardia, fue preciso inclinar su PE hacia aquellos Estados vecinos con los que, en cierta medida, se identificaba ideológicamente la sublevación pero que también pudieran ofrecerle un significativo aumento al poderío militar. Pues, “cuando la violencia se convierte en un estado actual, ello ha de significar una abdicación del poder político en favor del poder militar o pseudo-militar” (Morgenthau 1993, pág. 31). Así que recurrir a métodos diplomáticos para buscar ayuda militar internacional fue la estrategia para reforzar su acercamiento con los Estados nazi-fascistas.

2. EUROPA Y ESPAÑA

La extrema derecha española, en medio del verbo y del discurso de una ideología fascista y nacionalista, encontró en la República una amenaza para la supervivencia de la Nación española de tradición, desplegando así toda una idea del «enemigo». Cualquier examen que se haga con respecto al nacionalismo se entiende que esta debe estar precedida por alguna clase de definición de aquello que se constituye como «nación» para los ciudadanos (Griffiths, et al. 2008, pág. 218); es así que dicha noción ha de influir en la construcción de aquello que sería «nación» y, de paso, definir sus intereses a seguir. Por ello, la definición del «otro» como “el culpable del declive del Imperio, de la desaparición moral de la sociedad y en consecuencia, como el cáncer que se extiende por un cuerpo debía ser extirpado con la precisión de un cirujano” (Gómez y Marco 2011, págs. 65-66). Se hallaba en ellos un miedo a las libertades, al comunismo, al protagonismo social y político de las clases populares y, por ende, a la corrupción de la misma. Sin embargo, “el Ejército español estaba muy mal dotado desde el punto de vista material” (Tussel 2007b, pág. 357) y fue necesario mejorar todos los mecanismos de poder —dentro de las relaciones internacionales— para así brindarle el empoderamiento necesario al aparato militar y llevar a cabo sus objetivos políticos.

De esta manera, es prescindible detallar en este capítulo en qué consistió, como parte de su PE, la aproximación de los rebeldes nacionalistas para con Europa, sobre todo dado por su ideología e intereses, los cuales se mezclaron sin titubeo con los Estados fascistas —pero en particular con Alemania—. Asimismo, se dará cuenta, pues, de dos estrategias fundamentales de acción por parte del General Francisco Franco, enmarcados en el área de la cooperación militar y la diplomacia secreta durante la GC. Pero además, es pertinente tener en cuenta la posición de España en cuanto a lo que vendría a continuación para el mundo: una guerra llena de alianzas y estrategias militares en donde España, geopolíticamente, correspondería a ser un actor esencial para las futuras pretensiones de los líderes europeos, particularmente Alemania y Rusia. Se afirman que la GC sería la antesala de la IIGM, y que,

Sin que ninguna otra nación se comprometiera abiertamente en el conflicto, este último se había vuelto europeo. En lo sucesivo, y sobre todo después del debilitamiento de los partidos revolucionarios del lado republicano, la guerra de España ya no fue más que un aspecto particular de la lucha que enfrentaba Europa a las grandes potencias. (Broue y Temime 1962, pág. 7)

2.1. Comunidad Internacional ante la Guerra Civil española

Es preciso reconocer que toda GC o conflicto interno de un Estado no siempre repercute en la necesidad de una intervención internacional —estatal o no estatal— en el conflicto. Sin embargo, ¿qué fue lo que impulsó al bando nacionalista y sublevado, incluso desde algunos días antes del conflicto, a recurrir a mecanismos de cooperación militar por medio de la diplomacia secreta en el escenario internacional?, ¿creían los sublevados que con el aparato militar que disponían no podrían garantizar la consolidación y, por ende, la supervivencia de un régimen?, ¿cuál fue la importancia para los nacionalistas las alianzas en materia de cooperación militar y cómo la diplomacia secreta fue un instrumento clave? Estas respuestas también justificarán, en alguna medida, la posición de los actores internacionales que sirvieron en la GC como terceros, pero que para Francisco Franco fueron jugadores clave para su victoria.

En esencia, podría explicarse que las acciones de cada uno de los actores que intervinieron en este conflicto estaban claramente motivados por una noción de poder, que el Realismo clásico describe como un instrumento de mantenimiento y control del hombre sobre el hombre y, que gracias al fortalecimiento del aparato militar, como objeto de poder nacional y reflejo del prestigio, han de permitir la supervivencia del Estado-Nación. Por lo tanto,

El poder abarca todas las relaciones sociales que sirven a ese fin (control de hombre sobre hombre), desde la violencia física hasta los lazos psicológicos más sutiles por el cual una mente controla otra. El poder cubre la dominación del hombre por el hombre, tanto cuando es disciplinado por fines morales y controlado por las garantías constitucionales. (Morgenthau 1993, pág. 11)

La necesidad de recurrir a un apoyo, no sólo material sino también ideológico que lo legitimara internacionalmente, fue llevado a cabo por cada bando de la guerra. Así que cada grupo se dedicó a fortalecer un discurso con los matices ideológicos —tanto fascistas como comunistas— que marcaban la época, evidentemente proveniente de las experiencias de las naciones vecinas quienes

también encontraron reflejados ciertos de sus intereses nacionales en la GC española. De esta forma “el progreso del comunismo, por un lado, y del nazi-fascismo en el otro, se explican en parte por el estado de las relaciones internacionales a la sazón y en parte por una diferencia notable en los fines tácticos de las potencias que entonces se inmiscuían en las cosas de España” (De Madariaga 1950, pág. 653).

2.2. Estados fascistas de la mano de los sublevados

Desde antes del estallido de la GC en España, el escenario internacional iba vislumbrando aún más su carácter natural: la anarquía. Se veían múltiples tensiones que ni la política de apaciguamiento¹² de Londres y París pudo evitar. Muchas de las acciones llevadas a cabo por los actores en la arena internacional se resumían en múltiples violaciones al Tratado de Versalles y, de paso, reflejaba el fracaso de la Sociedad de Naciones. Alemania, particularmente, tenía una política de rearme y “pretendía instaurar el servicio obligatorio y aumentar el capital humano” (De Madariaga 1950, pág. 580). Así que, partiendo de la premisa del Realismo en donde el factor «poder» es vital para conseguir sus objetivos políticos y conseguir prestigio en la política internacional, Adolf Hitler, desde su llegada al poder, iba enmarcando en los lineamientos de su IN, como objetivo político principal, la conquista y dominación del Centro y Este europeo por medio del fortalecimiento y empoderamiento del aparato militar con el fin de lograr el anhelado expansionismo.

El *Duce* italiano, por su parte, también mantenía en sus directrices una política en donde se organizara Europa y se aplicara “el principio de la dictadura, que ejercerían mutuamente cuatro potencias: Alemania, Francia, Italia y Gran

¹² “Política basada en solucionar los conflictos por medios pacíficos y de compromiso en lugar de recurrir a la guerra. Este concepto de apaciguamiento está normalmente asociado a la figura de Neville Chamberlain” (Ocaña 2003, párr. 1) Más allá de una posición sutil ante una Alemania, la cual consideraba que había salido perjudicada por el Tratado de Versalles, Neville sentía una profunda desconfianza hacia la URSS y los efectos que el comunismo venía teniendo en ciertos sectores de Gran Bretaña, así que logró que la opinión pública aceptara utilizar mecanismos de diálogo con Hitler e incluso tratados —acuerdo naval anglo-alemán de 1935—, refugiados en el argumento de que este gran opositor y combatiente del comunismo, que era el Estado Alemán, ayudaría a vencer.

Bretaña. Proponía (...) el retorno a la diplomacia secreta y a la política de poder” (De Madariaga 1950, pág. 579). De manera que las intenciones de Alemania e Italia eran evidentes para Europa y para ninguno era un misterio que los Estados nazi-fascistas vendrían a marcar el curso de la Historia a continuación, en donde “la sincronía entre el inicio de la guerra en España y el aumento de las tensiones europeas estaría en la base del enorme impacto del conflicto español y su rápido proceso de internacionalización” (Moradiellos 2011, pág. 72). Peyorativo

Las negociaciones en este tiempo se vieron favorecidas por un fenómeno común de la época dado entre los hombres de Estado quienes “se convencieron de que tenían grandes capacidades diplomáticas. Y es cierto que una victoria diplomática en tiempos de tensión ofrecía halagüeña perspectiva de convertir al que la consigue en una luminaria política” (Beevor 2005, pág. 574). El carácter diplomático era lo que concernía en esta época en materia de negociación, pero las mismas tensiones que vivía el continente motivaban a que éstas se llevaran a cabo en escenarios muy discretos, de índole secreta, algunos con propósitos más conflictivos que pacíficos. Ya en 1934 Mussolini se había encargado de armar y entrenar a los monárquicos ante un levantamiento anti-republicano, pues en marzo una delegación de cuatro representantes de los Carlistas y Alfonsinos españoles logró llegar a un acuerdo secreto en donde el *Duce* afirmaba que aportaría armas y dinero con el fin de restaurar la Monarquía en España. (Jackson 1985, pág. 226)

Al principio de la guerra, el apoyo de Portugal fue facilitado por el General Sanjurjo, quien vivió allí durante todo el periodo de preparación del golpe. La ayuda de Oliveira Salazar a Franco consistió en “proporcionarle la seguridad de una frontera, pero además desde territorio portugués entraron en la zona nacionalista aviones, allí se consiguieron préstamos y, en fin, unos 4.000 o 6.000 portugueses combatieron con Franco” (Tussel 2007b, pág. 364). Ciertamente Salazar, como muchos dirigentes del continente, se sentía fuertemente amenazado por el acercamiento del comunismo y el despliegue que venía teniendo la URSS en Europa, argumentando que “la libertad que se disfrutaba en España constituía un mal ejemplo para Portugal, donde, a pesar de la represión, seguían emergiendo

voces reivindicando el regreso a la democracia” (Carcedo 2007, pág. 72). Así que el despliegue militar y diplomático que ofreció Salazar fue producto de una política interna que pretendía evitar los sismos de la izquierda en su nación, pues veía a la izquierda española también como la responsable de los problemas de Portugal debido a la amplia libertad de acción amparada por la República.

Asimismo, en 1939, al ver el dictador portugués una amenaza en la península Ibérica ante una guerra que ya se veía cercana, en tanto que creía posible la voluntad de los franquistas de participar en ella, se logró entonces la firma de un Tratado de Amistad y Cooperación, producto de una reunión un año antes de carácter semi-secreto¹³, que “establecía la neutralidad de la península, el compromiso de no agresión entre los dos países (incluida la renuncia a ayudar a terceros que pudieran atacar a alguno de los dos) y el respeto a las fronteras establecidas” (Carcedo 2007, pág. 73).

Pero mientras para Portugal estas alianzas consistieron más en una política de supervivencia y protección a su dictadura —base de toda su PE durante todo el conflicto—, para Italia y Alemania su IN estaba enfocado en llevar a cabo estrategias más poderosas en la arena internacional. Sus objetivos políticos pretendían expansionismo y una idea de imperialismo lo cual direccionaba sus políticas a que fueran en todo momento agresivas o, como bien llamaría Taliaferro (2004) en su planteamiento teórico, *ofensivas*. Bajo los preceptos del *realismo ofensivo*, el cual “predice que los líderes normalmente perseguirán políticas expansionistas como una respuesta racional para así aumentar su poder y a su vez las oportunidades internacionales” (Taliaferro 2004, pág. 7) es fácil entender el acercamiento de estos dos líderes con gran poder militar, pero a su vez con un objetivo político que necesitaba todos los medios y aliados.

Después del pronunciamiento del 18 de julio, a pesar de los conflictos expansionistas que chocaban entre sí, los gobiernos nazi-fascistas hallaron un

¹³ Nicolás Franco, hermano y representante de Francisco Franco en el terreno diplomático ante Salazar, viajó a Portugal para entrevistarse con Oliveira Salazar en 1938. “El tema central de la conversación fueron las previsiones de un nuevo conflicto continental. La necesidad de mantener a la península al margen de la futura guerra mundial era compartida” (Carcedo 2007, pág. 73).

punto en común que iba más allá de su afinidad ideológica, en tanto por lo que significaría el pivote geopolítico de España para su plan expansionista. En agosto de 1936, se da una “visita a Roma del ministro alemán de justicia, Frank, (quien) fue recibido personalmente por el *Duce*. Frank puntualizó, en esa ocasión, que el *Führer* consideraba al Mediterráneo como un mar italiano y que su intervención en España se habría de desenvolver aparte de toda mira expansionista” (Broue y Temime 1962, pág. 13) que perjudicase a Italia y sus intereses. Así que las pautas ya estaban dadas, y al menos un frente ya se estaba estableciendo en la arena internacional que vendría a marcar las partes del conflicto tanto de España como del que vendría para Europa. Beevor (2005, pág. 214) asegura que fue justamente la común ayuda de Alemania e Italia hacia la España nacional lo que contribuyó a forjar el «Eje Roma-Berlín», denominación que Mussolini utilizó por primera vez el 1 de noviembre de 1936. Estos además afirmaban que el “enemigo contra el cual se había constituido oficialmente el Eje Roma-Berlín, el bolchevismo, estaba presente en España (Broue y Temime 1962, pág. 13). Este acuerdo entonces se firmó con el fin de hacer desaparecer de la península ibérica toda amenaza comunista y, según lo estipulado en el acuerdo, se desplegó toda una campaña de apoyo al movimiento nacionalista español. Así que,

A mediados de agosto se atribuían al General Franco 20 aeroplanos Junker de transporte, 5 cazas de alemanes y 7 bombarderos italianos (Caproni) amén de cierto número de pilotos italianos y alemanes que servían a las filas rebeldes (...). A su vez, Pierre Cot, ministro de Aire de Francia, mandaba a Barcelona todos los aeroplanos que podía. (De Madariaga 18950, pág. 624)

La ayuda italiana siguió un curso normal durante la guerra, proporcionado armamento militar y personal italiano al servicio de los franquistas, teniendo en cuenta que “a Mussolini le convenía que venciera Franco para tener un aliado fascista en el Mediterráneo que, además le era deudor, le ayudaría a conseguir la supremacía italiana en aquel mar sujeto al imperio del poder naval inglés” (Beevor 2005, pág. 213). Algunos autores afirman que la ayuda de Italia fue un tanto más desinteresada que la de Alemania, y ello lo justifican por la incondicionalidad de la cooperación prestada que, a diferencia del país germano, no estuvo más al tanto de una remuneración económica de la ayuda, sino más bien procuró mover todas sus

influencias para que Franco consiguiera la victoria de los nacionalistas y poder así tener su foco fascista en España.

Así que Alemania, por su parte, conviene describir, actuó de una forma más estratégica en cuanto a mantener aliados y puntos geoestratégicos para la guerra que pretendía declarar, para así llevar a cabo sus intereses nacionales expansionistas. A este respecto, “el gobierno nazi era el que mejor informado estaba de la situación española” (Beevor 2005, pág. 214), y quizás ello haya influido a la hora de tomar la decisión de apoyar a Franco en la GC, pues la percepción del líder militar español y lo que su triunfo podría significar en la política internacional lo motivó a dar su ayuda “tras oír que Franco era el más capaz de todos los generales españoles y escuchar el relato de sus hazañas en África y su papel en el aplastamiento de la revolución de octubre en Asturias” (Beevor 2005, pág. 215).

A este respecto, varios autores mencionan que “si Alemania decidió intervenir fue por una mezcla de razones estratégicas (presionar a Francia desde el Sur) e ideológicas (oposición al comunismo); sólo en un segundo momento apareció el interés económico” Tussel (2007b, pág. 361). Por su parte, Beevor (2005, pág. 217) reafirma que las razones de Hitler también fueron estratégicas, pues “una España fascista representaría una amenaza tanto para la retaguardia de Francia como para la ruta británica hacia el canal de Suez”. Además, Broue y Temime (1962, pág. 35) sostienen que la intervención alemana “no se trataba de una simpatía de principios, sino de una comunidad de intereses, es decir, algo mucho más fuerte”.

Fue así, que las motivaciones estratégicas y geopolíticas del *Führer* se mezclaron perfectamente con el discurso ideológico, pero aún más, con el posicionamiento geográfico que proporcionaba España para sus intereses. La ideología, recordemos, está cargada de ideas que representan los últimos deseos de la sociedad y ésta “se encuentra implícita cuando (...) denota que somos escépticos con respecto a las ideas y representaciones propuestas por el oponente” (Mannheim 1936, pág. 49)¹⁴; lo cual, en esencia, es aquello que acatamos como

¹⁴ Traducción libre del autor.

propio e inherente a la naturaleza política del ser humano con deseos de manifestarse materialmente. Para ello, es preciso entender que el IN de Alemania, basado en un expansionismo para poder consolidar su Imperio Germano, debía inspirar su PE al manejo de una diplomacia muy sutil pero eficaz. Ello, para atenuar la visión de peligro que tenían los gobiernos democráticos de Alemania, pero también para establecer puntos geoestratégicos en Europa Occidental —con quienes compartía semejanzas ideológicas, lo que lo hacía más pertinente— y así evitar el acercamiento de la URSS al occidente europeo y por fin erradicar los cimientos del liberalismo y el comunismo en occidente.

Bien menciona Taliaferro (2004, pág. 3) que las grandes potencias intervienen en la periferia como función de su política doméstica, pero además, porque ello les permite gozar de un prestigio internacional poderoso en cuanto a que los beneficios obtenidos con la intervención pesan más que los costos y los riesgos. Cuando se incrementan las capacidades relativas —es decir, aquellas capacidades que permiten aumentar las oportunidades de obtener beneficios a medida que otros se favorecen de su ayuda, y así preservar el poder por medio de mecanismos de cooperación— permite que los Estados puedan ampliar la influencia de sus intereses. Es importante entender en este sustento teórico que los Estados tienden a expandirse dentro de áreas donde hay vacío de poder o donde se perciben mínimos riesgos al momento de intervenir. Así que estos pueden intervenir o intensificar su intervención en la periferia con el fin de demostrar un carácter de resolución o de detectar los posibles agresores en otras áreas de la periferia que le afecten relativamente.

Esta premisa resulta muy adecuada para explicar los fenómenos de poder que se dan en este contexto, entendiendo que el «poder» ha de ser la variante más relevante para el prestigio y posicionamiento en la política internacional. Así pues, se entiende que “la amplitud y el carácter de la intervención que ahora practican Alemania e Italia han dejado claro ante el mundo que el objetivo de esas potencias es conseguir la victoria del general Franco, represente o no la voluntad del pueblo español” (Beevor 2005, págs. 211-212).

Es así que Adolf Hitler no titubeó en dirigir directa y personalmente las operaciones, en donde la ejecución de las órdenes quedó en manos de la organización para el extranjero, bajo la dirección del almirante Canaris¹⁵, jefe de la *Abwehr*, es decir, de los servicios de información de la Marina alemana (Broue y Temime 1962, pág. 52). La decisión tomada el 23 de julio de apoyar a Franco marcaría una importante relación entre las partes y en donde el papel de Canaris, gran conocedor de los asuntos de España, jugaría un rol importante en las decisiones y operaciones militares desde el inicio de la GC hasta el fin de la IIGM, asumiendo el rol de mediador entre las partes —el Eje y España—. Su primera ayuda fue significativa, pues también marcaría las pautas de una cooperación bilateral que, aunque en principio fue sutil, al final marcó definitivamente las polaridades del conflicto. Algunos tenían el temor de que la “injerencia en la GC arrastrase a Alemania en una guerra generalizada” (Papeleux 1980, pág. 46), mientras que otros consideraban que podría ser un campo de prueba para sus nuevas armas¹⁶; sin embargo, está claro que la GC española simplemente fue la antesala de la IIGM y además permitió definir los bandos que se enfrentarían en la guerra.

Siendo así, el argumento decisivo de Alemania para dar su apoyo “fue impedir la instauración de una alianza de izquierda hispano-francesa y anti-alemana en el Suroeste de Europa, al que también podía acercarse la URSS, formando al mismo tiempo un puente estratégico con el norte de África” (Solar 2011, pág. 26). Desplegó así toda una política nacional enfocada hacia la victoria nacionalista española, en donde “el apoyo material y técnico se enmascaró en una empresa creada al efecto llamada Sociedad Hispano-Marroquí de Transportes

¹⁵ Wilhelm Canaris, oficial de marina, consiguió ser el gran jefe de la *Abwehr* —creado después de la derrota de Alemania de la IGM como un servicio de contraespionaje e inteligencia—. Ya había participado en una operación de inteligencia en España obteniendo informes acerca de los movimientos realizados por los aliados en la IGM. “Un documento fechado el 18 de octubre de 1916, aporta la prueba de que el joven oficial había aprovechado su estancia en la península ibérica para dar los primeros pasos en lo que lo convertiría en uno de los mejores expertos en los asuntos de España” (Papeleux 1980, pág. 28).

¹⁶ Al respecto se informa que “la élite de la aviación nazi utilizó a España como campo de pruebas en el marco de la intervención alemana en la GC. Sus experiencias serían útiles cuando Berlín desatara la II Guerra Mundial” (Solar 2011, pág. 3).

(HISMA), que habría de hacerse cargo de todo el comercio entre Alemania y la España nacional hasta el fin de la GC” (Beevor 2005, pág. 216). La HISMA se encargó de distribuir el material de guerra durante todo el transcurso de la GC, el cual descargaba en Lisboa o en los puertos nacionalistas, y asimismo fue la institución que garantizó el aspecto lucrativo de esta cooperación, generando un compromiso de Franco ante Alemania durante la GC y la guerra mundial.

Canaris se había vuelto entonces un agente de suma importancia para los intereses alemanes en el escenario de la GC española, puesto que era quien manejaba las negociaciones directamente con Franco, pero al mismo tiempo con Ciano, ministro italiano de Asuntos Extranjeros. En múltiples ocasiones se entrevistó con estas personalidades —tanto con Hitler como con Ciano— para disuadir a las partes en pro de mantener la ayuda a los militares sublevados en el conflicto español. El 28 de agosto de 1936, como ejemplo, Ciano “expresó la opinión de que Alemania e Italia tenían el deber de sostener a Franco contra el enemigo común. Ese apoyo se debía realizar no sólo mediante el envío de material de guerra, sino también de personal militar” (Papeleux 1980, pág. 51), para lo cual el apoyo prestado debía esencialmente a obligar a Franco a seguir los consejos prestados por los dos Estados.

Dada la conquista de Madrid, condición previa impuesta por Alemania e Italia para el reconocimiento internacional del nuevo Estado franquista, el reforzamiento de la ayuda militar se hizo más presente y poderosa en las tropas nacionalistas. En términos de supervivencia, “la tarea más urgente a la que se enfrentaba el Estado Mayor de Franco era crear un ejército bien adiestrado de tamaño imprescindible. La ayuda alemana para esta tarea era casi tan importante como su contribución directa en el combate” (Beevor 2005, pág. 301), y es por ello que el Caudillo veía en Alemania el aliado adecuado para llevar a cabo este objetivo.

Es preciso mencionar el protocolo firmado por Alemania e Italia el 15 de julio de 1937, de índole secreto, pues todas las negociaciones que se ejecutaron después ante el conflicto español fueron a partir de este texto:

Los dos gobiernos tienen un deseo real de ayudarse mutuamente en el suministro de materias primas, de productos alimenticios y de objetos manufacturados y semi-

manufacturados que ofrezcan un interés particular para el país importador. De igual manera, cada uno de los gobiernos tendrá en cuenta, todo lo más posibles los intereses de la otra parte en materia de exportación. (Broue y Temime 1962, pág. 55)

Establecidos así los parámetros de la cooperación, quizás España se veía obligada a mantener esta alianza por motivos económicos, pues los ingresos de los sublevados no eran los suficientes para pagar inmediatamente la ayuda y menos de hacerse cargo unilateralmente de los costos de un rearme; pero era también evidente que en cierto punto del conflicto los sublevados eran superiores en calidad y cantidad y ello no se debía a su capacidad económica sino las pertinentes negociaciones efectuadas por el General Franco.

La Legión Cóndor, como misión militar alemana, “fue el puño de hierro del *Führer* para salvaguardar su inversión española. Por ella pasaron hasta el final de la guerra 16.000 hombres a los que proporcionó 600 aviones” (Solar 2011, pág. 28). Ella llegó sólo en 1939 y significó la principal ayuda alemana, con material renovado y nuevo capital humano, para permitir una victoria de facto de los nacionalistas, la cual había sido dilatada quizás por motivaciones de Franco en cuanto a eliminar completamente al «enemigo» mientras llevaba a cabo la conquista de territorios. Ello permitió entonces reforzar el cuerpo militar de los rebeldes, pero también, a medida que pasaba el tiempo, los republicanos se fortalecían gracias a la URSS más que todo, y se veían peligrar así los intereses alemanes en el conflicto español.

Sin embargo, las tensiones en la arena internacional —la crisis en Checoslovaquia— hacían que las percepciones de seguridad de las naciones que intervinieron en el conflicto español se vieran afectadas de manera negativa, lo que habría de generar más mecanismos de diplomacia secreta en el ejercicio de ejecutar alianzas para la guerra que vendría. Ante tal asunto, es preciso tener en cuenta que “la forma más drástica de tipo militar de la política de prestigio es la movilización parcial o total” (Morgenthau 1993, pág. 91) de las tropas, lo cual iba acorde a los lineamientos que perseguía el IN tanto de España como de Alemania.

Ya para finales del conflicto bélico en España y con miras de una guerra suscitada por Alemania, se encontraba un deseo en las filas del franquismo de no

comprometerse demasiado en el bando de las potencias del Eje, sin embargo, la deuda financiera y moral ligaba a Franco con sus socios. Entre febrero y marzo de 1939 se firmó en Burgos “un protocolo por los embajadores de Italia, de Alemania y de Japón, así como por Jordana, que entonces era ministro de Asuntos Extranjeros del gobierno nacionalista: la España franquista se adhería al Pacto Antikomintern” (Broue y Temime 1962, pág. 60) y, de paso, sumaba su retirada de la Sociedad de Naciones. Sin embargo, teóricamente podría justificarse la conducta de Franco, en cuanto a que los “funcionarios inician estrategias de intervención diplomática y/o militar de riesgo para evitar pérdidas ya percibidas. Cuando se enfrentan a pérdidas percibidas, los líderes tienden a seleccionar estrategias de intervención más riesgosas” (Taliaferro 2004, pág. 3) pero que pueden llegar a ser más eficaces.

Formado así estaba el escenario internacional, en donde España jugaba a ser neutral, pues el “pacto de no agresión firmado con Portugal (a finales del conflicto español) significó la reafirmación de la voluntad de España de permanecer neutral en caso de enfrentamiento armado entre los occidentales y el Eje” (Papeleux 1980, pág. 80), pero que en la plataforma de la diplomacia lograría moverse adecuadamente para no salir involucrado directamente en el conflicto, sacando provecho de una PE bastante flexible.

2.3. El aislacionismo de la República

La ayuda internacional a los republicanos no fue sutil ni mucho menos, pues aún con todas las disidencias que tuvo el bando internamente y el rechazo de los países democráticos, logró combatir, aunque de forma más asimétrica —más como una estrategia de guerra de guerrillas— a los rebeldes por la retaguardia y atacar la formación militar debilitándola en varias batallas. En principio, la primera ayuda solicitada por la República fue al Gobierno francés, en el cual se encontraba una coalición de centro-izquierda dirigida por León Blum, Primer Ministro de Francia, quien armó y organizó las BI para salvar a Madrid de los rebeldes. Sin embargo, “la intervención de los voluntarios extranjeros fue mucho más grave desde el punto de vista del desarrollo del conflicto que el aporte de material de guerra” (De

Madariaga 1950, pág. 630), pues incrementó notablemente la injerencia del Eje, en la medida que no titubearon en incrementar el apoyo militar y humano, pero también permitió un alargamiento del conflicto pues las bases militares se iban fortaleciendo.

Ciertamente España era considerada como un área tradicional de influencia franco-británica, pero a pesar de ello no hubo una decisión absoluta por parte de ellos en apoyar del todo a la República, en particular de Gran Bretaña. Les preocupaba más mantener el *statu quo* del SI, de cual siempre se habían hecho cargo. Tussel (2007) explica que hay varias razones que contribuyen a justificar esta ruptura, por así decirlo, de relaciones hispano-británicas:

Las características de los regímenes democráticos que no podían propiciar una intervención como la de los fascistas, el deseo de evitar la guerra mundial, las divisiones internas de la opinión pública y, en fin, el hecho de que el Frente Popular pareciera demasiado revolucionario y Franco no lo suficiente fascista. En la práctica lo más importante de la posición de Francia y Gran Bretaña fue lo que dejaron hacer, y no lo que hicieron. (Tussel 2007b, pág. 364)

Gran Bretaña quería sobretodo evitar el estallido de una guerra y por ello su papel fue siempre muy distante pero también coercitivo en cuanto al rol que debería jugar Francia, en tanto que éste “intervino lo suficiente como para ganarse la enemistad de Franco pero no para determinar el resultado de la guerra” (Tussel 2007b, pág. 364). Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas para Blum, pues “en las calles de París militantes de izquierda y grupos fascistas (...) se batían con una violencia tal que, aunque fuese incomparable con la que había sucedido en España en la primavera, había provocado la alarma e irritación entre los militares franceses” (Beevor 2005, pág. 206). Rodeado así Blum por la opinión pública y el Gobierno de Gran Bretaña, decidió suspender el envío de material a los revolucionarios, lo cual la República interpretó como una traición. Pero también influyó mucho “el estado general de la política europea que inspiraba ciertas dudas en París en cuanto a la posibilidad de prestar a los republicanos españoles apoyo militar en el momento en que Francia podría necesitar en sus fronteras del Norte todas las fuerzas contadas” (De Madariaga 1950, pág. 627).

Francia se encontraba en la dualidad de apoyar una posición pacifista, promulgada más que todo por Gran Bretaña, o armar al Gobierno vecino. Sin embargo, le preocupaba aún más que en su nación se produjera una división, pues ya la guerra española había exacerbado todas las pasiones ideológicas hasta un extremo impensable por los franceses. En definitiva, la GC española chocaba fuertemente con el IN los países democráticos, quienes procuraron mantenerse neutrales con el fin de evitar un conflicto que, de todas maneras, ya se veía venir; pues era evidente que sus motivaciones y preferencias ideológicas no estaban tan de la mano con España, a pesar de la tradición que compartían. Aditivamente, la entente franco-británica procuró fomentar mecanismos de paz y neutralidad por medio de la firma de un acuerdo basados en el principio de «no intervención», extendiéndolo hasta Italia, Alemania y, posteriormente a la URSS. Por su parte, “las potencias fascistas respondieron negativamente para ganar tiempo mientras aceleraban el envío de armamento a los generales rebeldes” (Beevor 2005, pág. 208). Había quedado planteado el plan de control sobre España; sin embargo no pasó mucho tiempo para demostrar la ineficiencia de sus obligaciones, pues los deberes que contrajeron las partes no fueron acatadas del todo por parte de Alemania e Italia, e incluso Francia. En esencia,

Todas las negociaciones que se llevaban a cabo en el Comité (de No Intervención) tienen algo de irreales porque los que participan en ellas actúan según lo que hacen o dicen los demás. (...) La política de no intervención es tan inestable y tan artificial, que todos temen provocar su colapso si se pronuncian por un rotundo “no”, y nadie quiere ser responsable de ello. (Beevor 2005, pág. 571)

En medio de este escenario, lo único que imperaba era el prestigio a través del poder para conseguir un puesto en el panorama de la política internacional; un poder que sólo debía ser demostrado por medio de la fuerza militar. Por otro lado, esta posición de los gobiernos democráticos favoreció a la política de toma del poder de Franco, en la medida en que la neutralidad de los países democráticos afectó a la República pero no interfirió en las decisiones de los gobiernos italo-alemán en cuanto a mantener su ayuda a pesar del Acuerdo de No-Intervención.

Quedando así “sentadas las bases asimétricas con que los beligerantes españoles fundamentaron las relaciones con sus aliados”, la República decidió

recurrir a la ayuda de la URSS, la cual en septiembre apoyó a los revolucionarios basados en un discurso meramente ideológico, en donde “para Stalin lo que el camarada Largo Caballero estaba haciendo era la «revolución española», desde luego marxista” (De Madariaga 1950, pág. 637). Aquí ya vemos que las motivaciones y las preferencias ideológicas direccionaron el IN de los soviéticos, al igual que el de los alemanes e italianos, y quien además su PE estuvo vulnerada tras la instauración del movimiento nazi en Alemania con su declarada propaganda anticomunista. Ello, teniendo en cuenta que la tarea oficial que deben hacer los líderes es “pensar y actuar en términos de IN y su «deseo personal», el cual es ver su valores morales y principios políticos realizados a través del mundo” (Morgenthau 1993, págs. 6-7).

Cuando llegó Negrín a liderar los republicanos, logró facilitar el apoyo de la URSS en la República permitiendo así un acercamiento de éste hacia occidente, miedo latente de Hitler. Este fue un momento decisivo, no tanto para la GC, sino para fortalecer los bloques de potencias europeas que vendrían a jugar en el marco de la IIGM, pues establecería una condición hasta el final de la guerra dada por su previa PE. (Moradiellos 2011, pág. 74). En esencia, lo que pretendía Stalin era prolongar la GC y así establecer sus intereses en el Oeste europeo, y por ello brindó un fortalecimiento significativo a las tropas revolucionarias por medio del reclutamiento y encuadramiento de voluntarios en las BI, quienes lograron tomarse Barcelona y así permitir continuar la guerra.

Sin embargo, la posición de la República no mejoró sustancialmente, a pesar de la fuerte intervención rusa, pues ya para 1937 Franco “mantenía relaciones comerciales con Gran Bretaña y, a comienzos de 1939, un crucero británico participó en la rendición de la Menorca republicana para Franco” (Tussel 2007b, pág. 460). Era evidente que la potencia británica calculaba con suspicacia las decisiones que tomaba en el escenario internacional, pues era conveniente mover las fichas adecuadamente para prepararse para una guerra contra Alemania, y ahora dentro de sus intereses estaba mantener neutral o pasivo a Franco.

2.4. España y la Segunda Guerra Mundial

La victoria a Franco el 1 de abril de 1939 significó el triunfo de los nacionalistas, marcando las pautas de un Estado tradicionalista y franquista —enmarcando la postura personalista del jefe de Estado—, pero además significó un cambio en la PE, pues ya su interés no era colocarse en el poder, sino mantenerse en él con respecto a las vicisitudes de la guerra. Así que “la posición de la España de Franco en el escenario internacional iba a ser mucho menos que neutral de lo que cabía suponer” (Tussel 2005b, pág. 106), ya que desde la firma del Pacto AntiKomintern se había perfilado su inclinación política e ideológica.

La homologación de la política interna española ante el fascismo italiano permitió que los lazos se fortalecieran potencialmente con Italia, y a su vez contribuyó a mantener un lazo ideológico con Alemania, quienes veían en España un foco para controlar el Mediterráneo y el Gibraltar, respectivamente. Ello significó entonces un cambio en su PE en cuanto a la posición que debía mantener, pasando de ser neutral a “no beligerante” en el marco de la guerra.

Durante los primeros días, e incluso los primeros años, se vio una obvia inclinación por parte del Caudillo ante los gobiernos italiano y alemán, y aunque su participación nunca fue directa, siempre estuvo dispuesto a cooperar de múltiples maneras, e incluso entrar en la guerra de inmediato. La propaganda que llegó a España, la mayor parte patrocinada por Ramón Serrano Súñer, Ministro de Asuntos Exteriores español a principios de la guerra, aseguraba a una Alemania victoriosa y ello encendió los deseos de Franco de hacer parte de una contienda en la cual, si apoyaba al «vencedor», consideraba él que sacaría provecho territorial del asunto.

En los dos momentos que eligió Franco entrar a la guerra fueron momentos en los que vio tambalear la estabilidad de Gran Bretaña, la gran potencia europea que siempre reflejó poder en su PE debido a su rol en la estabilidad del *status quo* internacional —aunque se inclinase a su favor—. El primero fue poco después de la caída de Francia y el segundo “en el otoño de 1940 cuando creía que la Operación

León Marino¹⁷ estaba a punto de llevarse a cabo y el colapso de Inglaterra era inminente” (Preston 1996, pág. 199). Sin embargo, las pretensiones del *Führer* no estaban en el Oeste europeo, pues teniendo en cuenta que su mayor interés era la expansión territorial, vio en el Este el punto ideal para abordar dicho objetivo —entendiendo además el legado del Imperio Germano—. Era sencillo para Hitler, España “se trataba de un país pequeño y poco importante del que esperaba que le siguiera de forma espontánea y que estuviera dispuesto a proporcionarle materias primas y ventajas estratégicas a cambio de casi nada” (Tussel 2007c, pág. 122), y es por ello que procuró mantener negociaciones en materia comercial, más que todo. Ciertamente, el destino de España sería convertirse en un una especie de satélite informal del *Reich* y así procuró que fuera, hasta que vio Hitler chocar sus intereses con los de Franco.

En primera medida, Hitler rechazó la oferta española porque consideraba que no la necesitaba, quizás por su debilidad militar a raíz de la GC o quizás por el sobrecosto que esto generaría en cuanto a armanento; pero cuando realmente necesitó de su ayuda y España estuvo dispuesta a dársela, el *Führer* “ignoró por completo los intereses de Franco y especialmente sus ambiciones africanas” (Preston 1996, pág. 199). Es entendible que Franco decidiera imponer sus deseos territoriales, pues aparte de haberle proporcionado muchas ventajas a Alemania con su ayuda¹⁸ como «satélite informal», estaba harto de la mezquindad con que Hitler trataba las necesidades españolas.

Algunos tratados que firmaron los líderes hispano-alemanes (como el Pacto Tripartito) condicionaban la entrega de víveres y materias primeras a España, muy

¹⁷ Un ataque frontal tomando los territorios franceses en el Norte de África y Gibraltar en el que Franco estaba dispuesto a sacrificar dos millones de soldados en favor de las pretensiones alemanas. (Preston 1996, pág. 201)

¹⁸ Además de instalar un consulado alemán en Tánger —dedicado en realidad a misiones de espionaje— (Tussel 2007c, pág. 124), territorio conquistado por Franco para sorpresa de Hitler, le “permitió que los submarinos alemanes se aprovisionasen en los aeropuertos españoles, que los aviones de reconocimiento alemanes volaran con los distintivos españoles, que una estación de radio de La Coruña trabajara para la Luftwafe y que los destructores alemanes repostaran secretamente sus depósitos por la noche en las bahías de la costa norte española” (Preston 1996, pág. 199). Beevor (2005, pág. 687) sostiene además que “había 38 consulados alemanes en la Península y cuatro en Marruecos, donde los hombres de las SS se movían como peces en el agua”.

necesarias para la supervivencia de la nación, a cambio de su inmediata entrada a la guerra. Bajo estas condiciones, los británicos aprovecharon las debilidades españolas y “prometían alimentos a cambio de paz, mientras que los alemanes lo hacían a cambio de guerra; además, los primeros ofrecían por adelantado, mientras que los segundos prometían para después de la entrada a la guerra” (Tussel 2007c, pág. 127). Era evidente para el mundo que las condiciones de España no eran las mejores como para intervenir de manera decisiva en el conflicto internacional; su economía estaba en déficit, pues estaba en mora por los acuerdos de cooperación militar establecidos en la GC con Italia y Alemania —lo que de igual forma establecía un compromiso moral a apoyar al Eje— y la escasez en cuanto a recursos alimenticios y materias primas ya despertaba oposiciones internas.

En cuanto a su injerencia, es oportuno afirmar que “un factor decisivo en la no intervención española en la guerra fue la radical ausencia de un mínimo de unidad en la clase dirigente del régimen, que presencié un duro enfrentamiento entre militares y falangistas” (Tussel 2007c, pág. 133). Los falangistas eran adeptos de que España tomase una posición bélica en el conflicto internacional, basados fundamentalmente en el sustento ideológico pero sobre todo siguiendo una política anticomunista; al igual, la figura de Súañer a este respecto fue muy importante para poder influenciar el apoyo hacia Alemania en el curso de la guerra. Los militares, por su parte, veían en Serrano una amenaza para el tradicionalismo, y en sí el poder del Caudillo, pues “empezaba a sentirse el hombre el momento, ya que tenía domada la Falange, controlaba la prensa y la propaganda y mandaba en la Gobernación; además se codeaba con los grandes de la tierra desde su flamante puesto de Ministro de Asuntos Exteriores. (Beevor 2005, pág. 685) Ante esta situación, muchas voces militares se alzaron demandando el retorno de la Monarquía mientras que Franco decidía cómo jugar en el curso de la guerra y no perder el poder ya conseguido.

Dado este contexto, y a pesar de los conflictos internos, Franco vio una enorme oportunidad, o más bien Serrano, de intervenir en la guerra —siendo ésta la última— en junio de 1941 cuando los alemanes invadieron la URSS, aconsejando

al Caudillo a hacer presencia en la guerra con el “envío de un cuerpo de voluntarios para el frente del Este (...). Esta decisión se había tomado a pesar de la repulsa de los generales españoles que temían a España, insuficientemente preparada, arrastrada a la guerra” (Papeleux 1980, pág. 175). Aun así, Franco tomó la decisión de enviar personal tanto de la Falange como del Ejército, nombrada la «División Española de Voluntarios» pero comúnmente llamada la «División Azul», la cual luchó durante dos años con el fin de “cooperar con el ejército alemán en la Cruzada contra el comunismo” (Beevor 2005, pág. 689).

Sin embargo, las condiciones no era óptimas para el Caudillo, su IN siempre había sido mantenerse en el poder manteniendo la supervivencia de la Nación y Alemania se estaba interponiendo en ello, pues lo menos que quería era una ruptura interna que provocara otra catástrofe nacional y que además condicionara su posición en el poder. A medida que Hitler seguía imponiendo su poder sobre las necesidades de España, Occidente hacía sus acercamientos muy sutiles pero realmente eficaces en la diplomacia secreta y Franco ya empezaba a evaluar, en términos de su supervivencia, la injerencia de EE.UU. en la guerra a partir del ataque a Pearl Harbor en 1941 hecho por Japón.

En noviembre de 1942 la Guerra tomaría otro curso con la llegada de los Aliados a Gibraltar con la operación Torch (desembarco en África). A su llega, “el presidente Roosevelt envió una carta a Franco para tranquilizarle sobre las intenciones aliadas respecto a España y sus posiciones y para que leyera entre líneas que lo que más le convenía era estarse quieto” (Beevor 2005, pág. 691). Este acontecimiento describe a la perfección las nuevas dinámicas de la guerra, pues en el contexto de la lucha por la supervivencia y el poder entre los Estados, así como entre los individuos —que es, por decirlo así, la materia prima del mundo— lo que otros piensan de nosotros es tan importante como lo que somos realmente (Taliaferro 2004, pág. 224), lo estaban demostrando los Aliados, quienes en últimas atrajeron a España de forma sobresaliente.

Así que Franco, a medida que se iba produciendo el cambio de signo en la guerra, iba dando pasos para acomodarse a la circunstancias y permanecer en el

poder. De aquí en adelante retornó a su posición de «neutral» en su PE cortando la ayuda a Alemania con la retirada de la División Azul y de los consulados en Tánger, y firmando un acuerdo con los Aliados para defender a Occidente de los rusos así como con Portugal “para la formación de un Bloque Ibérico que le permitiera cierto acercamiento con los británicos” (Beevor 2005, pág. 692).

Ya todo el discurso franquista había cambiado y en sus comunicados evitó las pretensiones fascistas y expansionistas para evocar la lucha ante el comunismo ruso, negando en ciertas ocasiones sus inclinaciones pro-Eje. Habiendo los Aliados suprimido las oportunidades de injerencia del pivote geopolítico español, se permitieron concentrar entonces en aniquilar a Alemania por todos los medios, entendiendo también que España era un actor insignificante en cuanto a su poder militar y económico y por ende no ejercería un cambio sustancial en la guerra.

Así, ciertamente lo que motivó a Franco a mantenerse al margen de la guerra fue más allá del rechazo por parte de Hitler. El Caudillo sabía que una intervención unilateral, sin el aval y consentimiento del *Führer* como respaldo militar y político, sería casi imposible y llevaría al abismo a su nueva Nación. Pero al ver que Alemania perdía el norte en la guerra y, que desesperado por llevar a cabo ganancias absolutas —en donde no importa cuánto pierda el otro si gana significativamente— sólo actuaba en pro de sus intereses, España se sintió aún más motivado a proteger su IN y, por ende, darle un cambio radical a su PE. En cuanto a lo que le depararía al final de la guerra a España, era certero, pues Franco “no tenía ninguna razón para esperar que los Aliados le trataran bien después de que hubiera mostrado una proclividad tan clara a favor del Eje en años precedentes” (Tussel 2007c, pág. 153), y es entendible que para la dictadura de Franco vinieran épocas de aislacionismo internacional y de fuertes choques internos que ameritaran el totalitarismo como régimen.

3. CONCLUSIONES

Si bien el interés de todos los españoles era permitirse construir un Estado-Nación que representara en conjunto todos los ideales y sentimientos del español, por otro lado, los métodos no resultaron ser los mismos y en el caso de los revolucionarios las diferencias y debilidades internas se reflejaban notoriamente en el conflicto. Los rebeldes, por su parte, concibieron como parte de su deber proteger el IN de una España de tradición, que hiciera valer el rol de la Iglesia y la cristiandad en la sociedad, además de darle la posición relevante que merecía el aparato militar; pero también de esa «nación» que habían perdido a partir de la República y todas sus reformas sociales. Por ello, el cambio estratégico de una mera insurrección a una «guerra larga» permitió moldear el IN a propósito de los intereses que Francisco Franco consideraba necesarios para los españoles y así consolidarse en el poder.

Sin embargo, la victoria del Generalísimo no es sinónima de un fuerte poderío militar únicamente, sino el resultado de una sociedad hastiada de su Gobierno —tanto de la Monarquía como de la República con ansias de cambio—, que sirvió como motivación para un alzamiento y toma de armas masivo, así como el uso de unas buenas estrategias diplomáticas por parte de Franco, partiendo de unos objetivos políticos muy claros y bien plasmados en la política nacional. En esencia, “quería construir un Estado que fuera la «antítesis de los rojos» (Tussel 2007b, pág. 405). Tal propósito se reducía a construir una unidad nacional, ante el pluralismo evidente de los españoles.

De esta manera, la GC española fue un catalizador de todos los ánimos y sentimientos despertados por el fracaso de un Estado, más que un Gobierno, que ya no representaba a los españoles en su esencia, pero también vino a ser el espejo, aunque un poco más minimalista, de la IIGM. Aquí se permitieron formar los bandos que formarían las partes de la guerra, pero realmente nunca se vio a España como una amenaza, ni mucho menos como un actor relevante en el proceso del conflicto, así que mantenerlo neutral y «contento» parecía ser la mejor alternativa tanto para el Eje como para los Aliados.

A este respecto, es evidente la falta de legitimidad internacional por parte los gobiernos democráticos ante la República, pues era “impensable que un gobierno legítimamente elegido de un país no se le permitiera comprar armas para defenderse” (Beevor 2005, pág. 715). El acuerdo de No-Intervención fue el escudo de los Aliados para no intervenir en el conflicto español pero también para evitar reacciones inmediatas por parte de Hitler, que a fin de cuentas sólo sirvió para darle tiempo a Alemania de fortalecer su aparato militar. El interés de evitar —o mejor, aletargar— un conflicto europeo era lo primordial, pero tampoco se procuró intervenir en España en ninguna medida para proteger los intereses del Gobierno democrático, que además era legítimo. La República estaba totalmente abandonada y además dividida, enfrentándose a un cuerpo militar fortalecido por la ayuda internacional, pero también por la imagen carismática que ofrecía Franco ante una sociedad contundida.

En la esfera de la política internacional Hitler fue el más beneficiado de la GC, pues “aprovechando plenamente la circunstancia de crisis europea consiguió atraerse a la Italia fascista, hizo que Stalin desconfiara del sistema de seguridad internacional, y sobre todo, de la fiabilidad de los países democráticos” (Tussel 2007b, pág. 466). Sin embargo, en el escenario de la IIGM, Hitler hubiera podido utilizar mejor el recurso geopolítico que proporcionaba España si hubiera dejado de lado su mezquindad y un engreído sentido de destino que dejaba a España por fuera de sus pretensiones. Pero es bien sabido que Franco siempre estuvo dispuesto a aprovecharse de los éxitos de Hitler, pues sus acercamientos en momentos de victoria nazi no eran sólo coincidencia y más a cambio de “no tener que pagar por el privilegio” (Preston 1996, págs. 202-203).

Mientras transcurría la IIGM y Alemania iba perdiendo poderío territorial a medida que avanzaban los Aliados, era evidente que la PE de los Estados europeos se transformaría con respecto a la realidad, los cuales se modificaban ante los acontecimientos de la guerra. Franco realmente no podía intervenir en ésta en la misma magnitud que los Estados protagonistas lo hacían, pues sus capacidades tanto económicas como militares no eran suficientes, pero aquello que más lo

condicionaba era las disidencias dentro de la Falange y la misma sociedad irritada por la pobreza y desolación que dejó la GC.

Además de ser evidente el cambio de panorama para Franco, qué mejor que aceptar la buena ayuda que brindaba Gran Bretaña, que además se acoplaba a sus necesidades perfectamente. Mientras los británicos pretendían ganar tiempo y mantener a España neutral y amistosa, Franco aprovechaba cualquier circunstancia que le permitiera cumplir la cuota de supervivencia de su nación hambrienta y desolada. Así que aquello que le permitió a Franco triunfar fue la meritoria estrategia que elaboró desde que decidió tomarse el poder: una mezcla entre la diplomacia secreta y la cooperación militar que supo utilizar bien en todos los momentos que lo necesitó.

Aquello que caracterizaba a Franco era “el paso de buey, la vista de halcón, el diente de lobo y el hacerse el bobo”, practicándolo en cierta medida para nunca comprometerse con ninguna tendencia —así fuese muy visible su nacionalismo y fascismo—, “dando la sensación de ser inocuo y manejable, cuando, en realidad era él quien tenía la capacidad de manipular” (Tussel 2007c, pág. 31). Así que estas estrategias le resultaron muy beneficiosas en el sentido de que pudo realizar todos sus objetivos políticos en el escenario de la GC, pero también evitó astutamente intervenir en la IIGM —aunque la mezquindad de Hitler ayudó en gran medida— al ver que sus intereses nacionales serían vulnerados.

BIBLIOGRAFÍA

- Beevor, A. (2005). *La Guerra Civil española*. Traducción de Pontón Gómez, G. Barcelona: Crítica, S.L.
- Boure, P., y Temime, E. (1962). *La revolución y la guerra de España*. Traducción de Gonzales, F. México D.F.: Ed. Colección popular, Vol. 2.
- De Madariaga, S. (1950). *España. Ensayo de historia contemporánea*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Del Aguila, R. (1982). *Ideología y fascismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Diez, T., Bode, I., y Fernandes Da Costa, A. (2011). *Key concepts in International Relations*. India: SAGE Publications Ltd.
- Gómez Bravo, G., y Marco, J. (2011). *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*. Barcelona: Ed. Península.
- Griffiths, M., O'Callaghan, T., y Roach, S. (Comps) (2008). *International Relations. The key concepts*. New York: Routledge.
- Jackson, G. (1985). *La República española y la guerra civil (1931-1939)*. Barcelona: Ed. Orbis.
- Juliá, S. (2011). *Historia de España*. Traducción de J. Valdeón y J. Pérez. Madrid: Espasa, 2. Ed.

Papeleux, L. (1980) *El Almirante Canarias. Entre Franco y Hitler*. Traducción de Orta Manzano, M. Barcelona: Juvetud.

Preston, P. (2011). *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Traducción de Martínez, C., y Vázquez, E. Barcelona: Debate.

Tussel, J. (2007a). *Historia de España en el siglo xx. 1. Del 98 a la proclamación de la República*. Madrid: Taurus, Tomo 1.

Tussel, J. (2007b). *Historia de España en el siglo xx. 2. La crisis de los años treinta: República y Guerra Civil*. Madrid: Taurus, Tomo 2.

Capítulos de libros

Badía. J.F. (1984). Parte primera: del poder personal-carismático al llamado Estado autoritario. En G. O'Donnell, *El Régimen de Franco* (págs. 35-82). Madrid: Tecnos.

De Launay, J. (2009). Libro II. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945). *La diplomacia secreta durante las dos guerras mundiales* (págs. 149-255). Bogota: Grupo Editorial Norma.

Eiroa, M. (2012). Las fuentes doctrinales: pensamiento y lenguaje de la represión sistémica (1936-1948). En J. Aróstegui (Comp.), *Franco: la represión como sistema* (págs. 107-160). Barcelona: Flor del Viendo Ediciones.

Giaccone, C. (1994). Cooperación Estratégico Militar en el MERCOSUR. *Política Exterior del Gobierno de Carlos Menem*, (pág. 150). Rosario: Centro de Estudios de las Relaciones internacionales de Rosario.

Mannheim, K. (1936). II. Ideology and Utopia. *Ideology and Utopia*, (págs. 55-64). New York: Routledge.

Nolte, E. (1975). Capítulo 5: Alemania de 1924 a 1933. Renacimiento y triunfo del Nacionalsocialismo. *El fascismo. De Mussolini a Hitler*, (págs. 131-155). Barcelona: Plaza & janes, S.A.

Tussel, J. (2007c). Primera parte: La Dictadura de Franco. *Historia de España en el siglo xx. 3. La dictadura de Franco*, (págs. 16-42). Madrid: Taurus, Tomo 3.

Tussel, J. (2007c). Segunda parte: La tentación fascista y la supervivencia. *Historia de España en el siglo xx. 3. La dictadura de Franco*, (págs. 106-164). Madrid: Taurus, Tomo 3.

Publicaciones periódicas no académicas

Avella, R. (1982). Primo de Rivera: un general al poder. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 13-24.

Carcedo, D. (2007). Franco y Portugal. Treinta años de relaciones entre las dos dictaduras. *Historia y vida*, año XXXIX (471), 70-79.

De Riquer, B. (1982a). La batalla del Ebro. Última ofensiva republicana. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 265-276.

De Riquer, B. (1982b). El final de la Guerra Civil. Se rinde el Ejército republicano. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 277-287.

En memoria del requeté de la Guerra Civil española. (s.f.). *Las Tropas de Voluntarios Carlistas por Dios, La Patria, Los Fueros y el Rey 1936-1939*. Disponible en <http://www.requetes.com/>

Gil Pecharromán, J. (2005). 1935, hacia la confrontación. Las dos Españas. *La aventura de la Historia*, año 7 (78), 16-23.

Gutiérrez, J. (1982). La batalla de Teruel. Una brecha hacia el Mediterráneo. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 253-264.

La Rosa, T. (1982). La semana trágica de Barcelona. *Historia Ilustrada del Siglo XX. La "belle époque". La primera Guerra Mundial, 1900-1920*, 1, 109-120.

López Matteo, C. (1982a). España: una nueva República. La caída de Alfonso XIII. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 73-84.

López Matteo, C. (1982b). El 18 de julio. Sublevación militar e inicio de la Guerra Civil. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 157-168.

Madridejos, M. (1982). El nacimiento del fascismo. Benito Mussolini "conquista" Roma. *Historia Ilustrada del Siglo XX. El periodo entre Guerras: la Guerra Civil Española 1921-1939*, 2, 1-12.

- Moradiellos, E. (2011). La trampa de la no intervención. Bajo la lupa de Europa. *La aventura de la Historia*, año 13 (152), 72-79.
- Ocaña, J.C. (2003). Política de apaciguamiento. *Historia de las Relaciones Internacionales durante el siglo XX*. Disponible en: <http://www.historiasiglo20.org/GLOS/apaciguamiento.htm>
- Preston, P. (1996). Franco y la elaboración de una política exterior personalista (1936-1953). *Historia Contemporánea*. Disponible en: [http://revista-hc.com/revista/15/Franco-y-la-elaboracion-de-una-politica-exterior-personalista-\(1936-1953\)](http://revista-hc.com/revista/15/Franco-y-la-elaboracion-de-una-politica-exterior-personalista-(1936-1953))
- Solar, D. (2011). La ayuda Nazi. Hitler en socorro de Franco. *La aventura de la Historia*, año 13 (154), 3-28.
- Tussel, J. (2005). El Primo de Rivera, 1930. El ocaso. *La aventura de la Historia*, año 6 (75), 18-25.